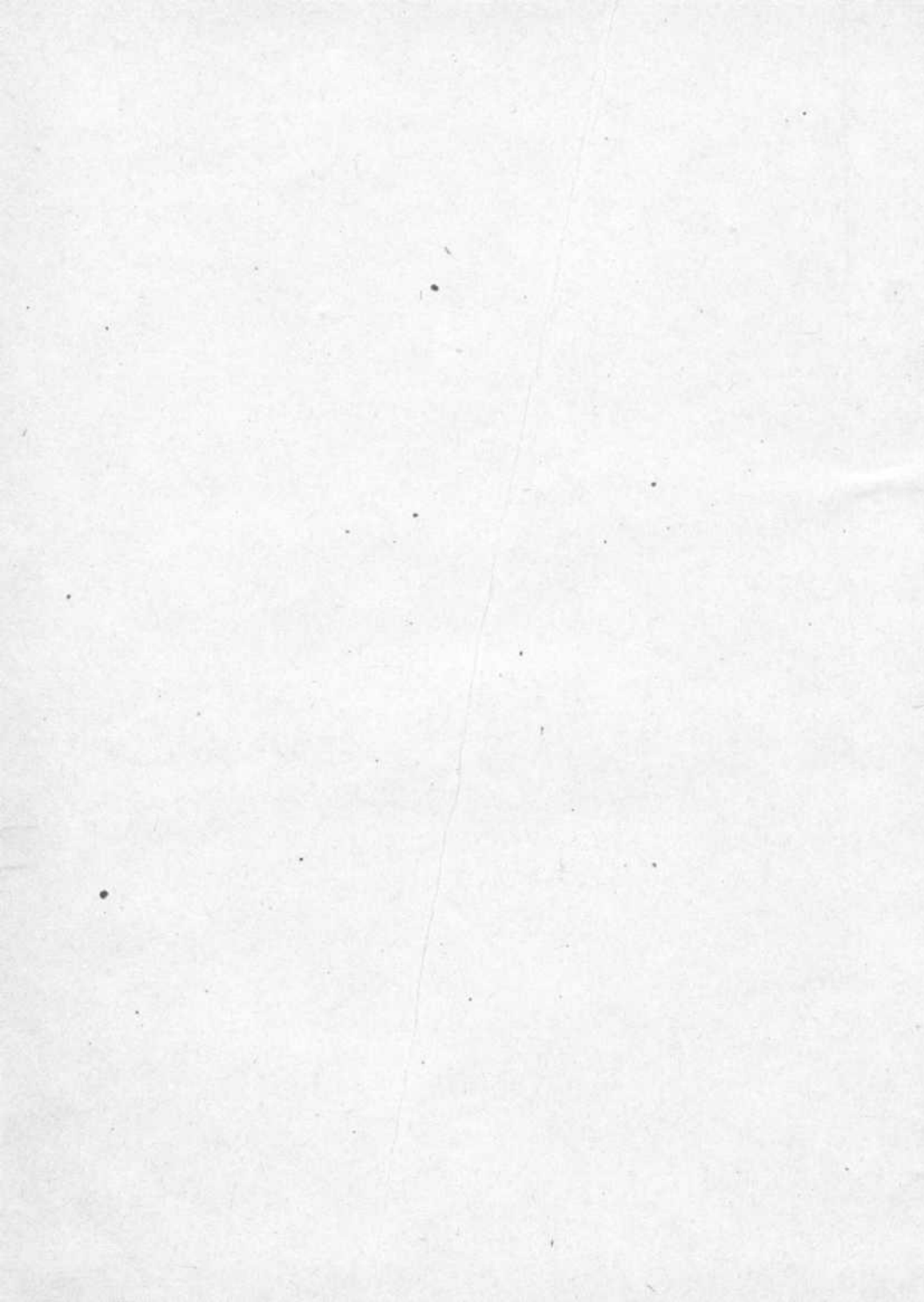


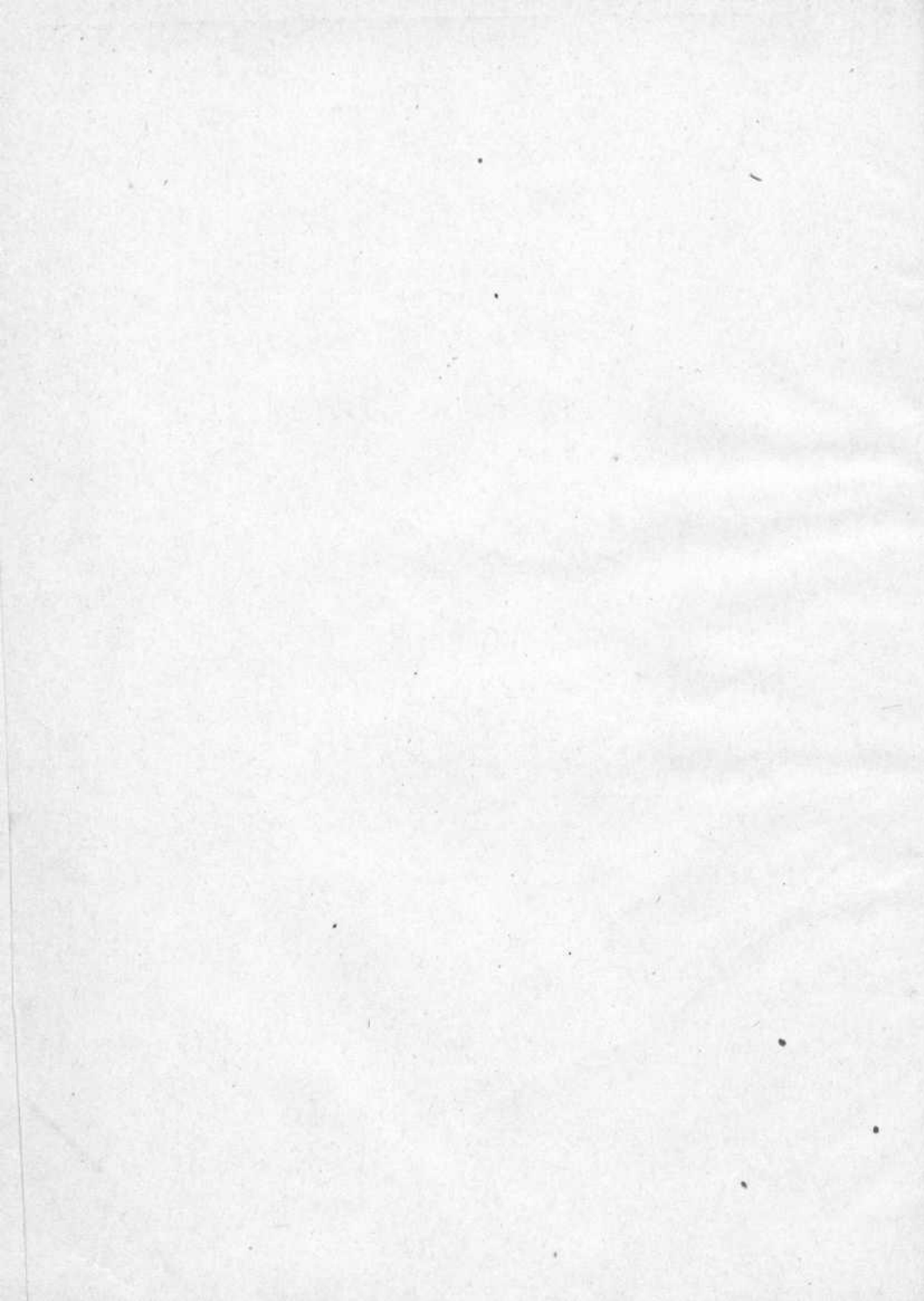
2 Tones

DG  
A  
(V.1)

+85219  
C.1099996







EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

COMPUESTO

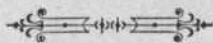
POR

¿MIGUEL DE CERVANTES, SAAVEDRA.

---

NUEVA EDICION

con notas sobre el texto, del puño y letra del  
autor, en el ejemplar prueba de correccion  
de la 1.<sup>a</sup> edicion de 1605,  
ÚNICO EJEMPLAR CONOCIDO.



PALENCIA:  
ADMINISTRACION, ZAPATA, 11.

—  
1884.



R. 62911

---

---

Es propiedad de D. Feliciano Ortego  
Aguirrebeña, quien perseguirá ante la ley  
al que la reimprima.

---

---

Véndese en Palencia, Zapata, 11; y  
en la imprenta y librería de Peralta,  
Plaza Mayor, 5.



Á MI QUERIDA ESPOSA  
**BALDOMERA IARREA**

DEDICO

esta edicion verdadera y exacta restauracion del  
Quijote, como prueba de cariño.

*Feliciano Ortega Aguirrebeña.*



## ADVERTENCIA.

*Numerosas son las ediciones que se han hecho del Quijote en España como fuera de ella. Ninguna fué la expresion real y exacta del pensamiento del autor. Solo este ejemplar, prueba de correccion que tuvo á la vista él, es el único destinado á desterrar los errores, anacronismos y suposiciones que se le han imputado. Si las primeras que se publicaron en España no fueron correspondientes ni al mérito ni al honor que él se habia adquirido, por los yerros con que las llenaron, esta capilla que poseemos afortunadamente, hace ahora que ya en su pátria, como fuera de ella, podamos con orgullo decir, que Cervantes terminó su Quijote en 1605, sin error alguno. Por mas esmero que hayan tenido en cuantas ediciones sucesivamente vieron la luz pública para vindicar el honor español, erigiendo un monumento glorioso á la memoria de Cervantes, ninguno llenó ese objeto, toda vez que contenian errores que el autor no cometió y que á la verdad, por carecer todos de este único ejemplar, y por no cumplir el impresor con lo que el autor ordenó, le atribuyeron anacronismos, faltas, yerros y errores que se halló muy distante de cometer.*

*Tantas cuantas aclaraciones sobre algunos pasajes y expresiones se pusieron, en vez de hacer completas cuantas ediciones se publicaron, llenaron objeto diferente; diametralmente opuesto al pensamiento del autor, como queda plenamente demostrado en esta nueva edicion. Que las costumbres hayan variado, que su-*

friese el lenguaje alguna alteracion y que los hechos históricos de aquella época fuesen ó no conocidos por los autores, no es razon suficiente que autorice á cuantos han publicado diversas ediciones á variar en nada el pensamiento del autor.

*El texto desnudo, su gracia original é inimitable, es lo que debieron publicar todos. Al querer quitar equívocaciones, esclarecer conceptos y espíritu que se proponian, incurrieron en polo opuesto, pues que le imputaron errores y su gracia original é inimitable no quedó muy bien parada.*

*A fin de no alterar en nada el original, le copio con la mayor exactitud, dejo de poner la nota que no comprendo y en el tomo ó parte que á mi pertenece, explico mis pobres conceptos. Este tomo, como puede verse, es el complemento de verdad de cuanto queda consignado en esta advertencia y demostrado en la copia del único Quijote verdad existente.*

*Si consigo demostrar no cometió Cervantes las faltas que le imputan y que su primera edicion de 1605 salió de su mano pura y sin mancha, é influyo con esto en favor de la ilustracion y de la literatura ¿qué más puedo desear?*

**EL INGENIOSO HIDALGO**  
**DON QUIJOTE DE LA MANCHA,**

COMPUESTO POR

**MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.**

*Dirigido al Duque de Bejar, Marqués de Gibraltor,  
Conde de Benalcazar y Bañares,  
Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las  
villas de Capilla, Curiel y Burguillos.*



CON PRIVILEGIO,  
*EN MADRID.*—Por Juan de la Cuesta.

---

Vénlese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro Señor.



## TASSA.

Yo Juan Gallo de Andrada escribano de Camara del Rey nuestro señor de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fé, que habiendo visto por los señores del un libro intitulado, *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra: tassaron cada pliego del dicho libro á tres maravedis y medio, el qual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender: y mandaron que esta tassa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella: y para que dello conste di la presente en Valladolid, a veinte dias del mes de Diciembre, de mil y seiscientos y quatro años.

*Juan Gallo de  
Andrada.*

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS.

---

*Este libro no tiene cosa digna que no corresponda a su original: en testimonio de lo haber correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teologos de la Universidad de Alcala, en primero de Diciembre, de 1604 años*

El Licenciado Francisco  
Murcia de la Llana.



## EL REY.



Por quanto, por parte de vos Miguel de Cervantes, nos fue fecha relacion, que habiades compuesto un libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el cual os habia costado mucho trabajo, y era muy util, y provechoso, nos pedistes, y suplicastes, os mandassemos dar licencia y facultad, para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuessemos servidos, o como la nuestra merced fuesse. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la prematica ultimamente por nos fecha, sobre la impression de los libros dispone, fue acordado, que debiamos mandar dar esta nuestra cedula para vos, en la dicha razon, y nos tuvimoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad, para que vos, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, que de suso se hace mencion, en todos estos nuestros Reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuente desde el dicho dia de la data desta nuestra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, o vendiere: o hiciere imprimir, o vender, por el mesmo caso pierda la impression que hiciere, con los moldes, y aparejos della: y mas incurra en pena de cinquenta mil maravedis, cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha

pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusa-  
re: y la otra tercia parte, para nuestra Camara: y la otra  
tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Con tanto,  
que todas las veces que hubieredes de hacer imprimir  
el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez  
años, le traigais al nuestro Consejo, juntamente con el  
original que en el fue visto, que va rubricado cada pla-  
na, y firmado al fin del, de Juan Gallo de Andrada,  
nuestro escribano de Camara, de los que en el residen,  
para saber si la dicha impression está conforme el origi-  
nal o traigais fé en publica forma, de como por Corre-  
tor nombrado por nuestro mandado, se vio, y corrigio  
la dicha impression, por el original, y se imprimio con-  
forme a el, y quedan impressas las erratas por el apun-  
tadas, para cada un libro de los que assi fueren impres-  
sos, para que se tasse el precio que por cada volumen  
hubieredes de haber. Y mandamos al impressor que assi  
imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni  
el primer pliego del, ni entregue mas de un solo libro,  
con el original al Autor, o persona a cuya costa lo im-  
primiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correc-  
cion, y tassa, hasta que antes, y primero el dicho libro  
esté corregido, y tassado por los del nuestro Consejo:  
y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir  
el dicho principio, y primer pliego, y sucessivamente  
ponga esta nuestra cedula, y la aprobacion, tassa, y  
erratas, so pena de caer, é incurrir en las penas conte-  
nidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Rei-  
nos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras  
cualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta  
nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Va-

Madrid, a veinte y seis dias del mes de Setiembre,  
de mil y seiscientos y cuatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.

*Juan de Amezqueta.*

## AL DUQUE DE BEJAR,

Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar, y  
Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de  
las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.



*En fe del buen acogimiento, y honra, que hace vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente, las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerias del vulgo, he determinado de sacar a luz al ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, al abrigo del clarissimo nombre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico, le reciba agradablemente en su proteccion, para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que conteniendose en los limites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor, y menos justicia, los trabajos ajenos que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.*

Miguel de Cervantes  
Saavedra.

## PROLOGO.



Desocupado Lector, sin juramento me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto, que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y assi que podra engendrar el esteril, y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien le engendró en una carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion. El sossiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las musas mas esteriles, se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla, y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuenta a sus amigos, por agudezas, y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padraastro de don Quijote: no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hacen, Lector carisimo, que perdones, o dissimules las faltas que en este mi hijo vires, y ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrio, como el mas pintado,

y estas en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto, al Rey mato. Todo lo cual te essenta, y hace libre de todo respeto, y obligacion, y assi puedes decir de la historia, todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el ornato de Prologo, ni de la innumerabilidad, y catalogo, de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y Elogios, que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te se decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuvo por mayor, que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tome la pluma para escribille, y muchas la dejé por no saber lo que escribiria: y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la megilla, pensando lo que diria, entró a deshora un amigo mio, gracioso, y bien entendido. El cual viendome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriendosela yo, le dije, Que pensaba en el Prologo que habia de hacer, a la historia de don Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero. Por que como quereis vos que no me tenga confuso, el que dirá el antiguo legislador, que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años a cuestras, con una leyenda seca como esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de conceptos, y falta de toda erudicion, y doctrina: sin acota-

ciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platon, y de toda la caterva de filosofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos, y eloquentes? Pues que cuando citan la divina escritura, no diran sino que son unos santos Tomases, y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico Cristiano, que es un contento y un regalo, oille, o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores sigo en el, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A. B. C. Comenzando en Aristoteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoilo, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, a lo menos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, o poetas, celeberrimos. Aunque si yo los pidiese a dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los darian, y tales, que no les igualassen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin señor y amigo mio, proseguí, yo determino, que el señor don Quijote, se quede sepultado en sus archivos, en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia, y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan

lo que yo me se decir sin ellos. De aqui nace la suspension, y elevamiento, amigo, en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella, la que de mi habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dandose una palmada en la frente, y disparando en una carga de risa, me dijo: Por Dios hermano, que agora me acabo de desengañar, de un engaño en que he estado, todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones. Pero agora veo, que estais tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

Como que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender, y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper, y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decis, que os suspenden, y acobardan, para dejar de sacar a la luz del mundo, la historia de vuestro famoso don Quijote, luz, y espejo de toda la caballeria andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia: De que modo pensais llenar el vacio de mi temor, y reducir a claridad, el caos de mi confusion? a lo cual el dijo. Lo primero en que reparais de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves, y de titulo, se puede remediar, en que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar, y



poner el nombre que quisieredes, ahijandolos al Preste Juan de las Indias, o al Emperador de Trapisonda, de quien yo se que hay noticia, que fueron famosos Poetas, y quando no lo hayan sido, y hubiere algunos po-dantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las margenes, los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos, que pusieredes en vuestra historia, no hay mas, sino hacer de manera que vengan a pelo, algunas sentencias, o latines, que vos sepais de memoria, o a lo menos que os cuesten poco trabajo el buscalles. Como sera poner, tratando de libertad y cautiverio. *Non bene pro toto libertas venditur auro.* Y luego en el margen citar a Oracio, o a quien lo dijo. Si trataredes del poder de la muerte, acudir luego con *Palida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, Regunq̃ue turres.* Si de la amistad, y amor que Dios manda, que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si trataredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio. *De corde exeunt cogitationes malas.* Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dara su distico. *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Y con estos latinicos, y otros tales os tendran si quiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra, y provecho el dia de hoy.

En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombráis algun Gigante en vuestro libro, hacedle que sea el Gigante Golias, y con solo esto, que os costara casi nada, tenéis una grande anotacion, pues podeis poner el Gigante Golias, o Goliat. Fue un Filisteo, a quien el pastor David mato de una gran pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, haced de modo, como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereis luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue assi dicho, por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besando los muros de la famosa Ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si trataredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la se de coro. Si de mugeres ramera, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dara gran credito. Si de crueles, Ovidio os entregará a Modea. Si de encantadores, y hechiceras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de capitanes valerosos, el mesmo Julio Cesar os prestara a si mismo, en sus Comentarios, y Plutarco os dara mil Alejandros. Si trataredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua Toscana, topareis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereis andaros por tierras estrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos, y el mas ingenioso acertare a desear

en tal materia. En resolucion no hay mas, sino que vos procureis nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dejadme a mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto a tal de llenaros las margenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora a la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no habeis de hacer otra cosa, que buscar un libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos decis. Pues esse mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro. Que puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada, y quiza alguno habra tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado, en la simple, y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo Catalogo de autores, a dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habra quien se ponga a averiguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro, no tiene necesidad de ninguna cosa, de aquellas que vos decis que le faltan, porque todo el es una invectiva contra los libros de caballerias, de quien nunca se acordó Aristoteles, ni dijo nada san Basilio, ni alcanzó Cicerón. Ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates, las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrologia, ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos, de quien se sirve la Retorica, ni tiene

para que predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion, en lo que fuere escribiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura, no mira a mas, que a deshacer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de caballerias, no hay para que andeis mendigando sentencias, de filosofos consejos de la divina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de santos: sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oracion, y periodo sonoro, y festivo. Pintando en todo lo que alcanzaredes, y fuere posible vuestra intencion, dando a entender vuestros conceptos, sin intrincarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia el melancolico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la maquina mal fundada destos caballescros libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas, que si esto alcanzassedes, no habriades alcanzado poco. Con silencio grande estuve escuchando, lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prologo. En el cual veras Lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necesitado, tal consejero, y el

alivio tuyo, en hallar tan sincera, y tan sin revueltas, la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas çasto enamorado, y el mas valiente caballero, que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago, en darte a conocer tan noble, y tan honrado caballero: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendras, del famoso Sancho Panza su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterva de los libros vanos de caballerias, estan esparcidas. Y con esto, Dios te de salud, y a mi no olvide.

VALE.

AL LIBRO  
DE  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

Urganda la desconocida.



*Si de llegarte a los bue  
Libro fueres con letu  
No te dira el boquirru  
Que no pones bien los de.  
Mas si el pan no se te cue  
Por ir a manos de idio  
Veras de manos a bo  
Aun no dar una en el cla  
Si bien se comen las ma  
Por mostrar que son curio.  
Y pues la espiriencia ense  
Que el que a buen arbol se arri  
Buena sombra le cobí  
En Bejar tu buena estre.  
Un arbol real te ofre  
Que dá Principes por fru  
En el cual florecio un Du  
Que es nuevo Alejandro Ma  
Llega a su sombra que a osa  
Favorece la fortu.  
De un noble hidalgo Manche  
Cantarás las aventu  
A quien ociosas letu  
Trastornaron la cabe.*

*Damas, armas, caballe*  
*Le provocaron de mo*  
*Que cual Orlando furio*  
*Templado a lo enamora*  
*Alcanzó a fuerza de bra*  
*A Dulcinea del Tobo.*

*No indiscretos hierogli*  
*Estampes en el escu*  
*Que cuando es todo figu*  
*Con ruines puntos se embi.*

*Si en la direccion te humi*  
*No dirá mofante algu*  
*Que don Alvaro de Lu*  
*Que Anibal el de Carta*  
*Que Rey Francisco en Espa*  
*Se queja de la fortu.*

*Pues al cielo no le plu*  
*Que saliesses tan ladi*  
*Como el negro Juan Lati*  
*Hablar latines rehu.*

*No me despuntes de agu*  
*Ni me alegues con filo*  
*Porque torciendo la bo*  
*Dira el que entiende la le*  
*No un palmo de las ore*  
*Para que conmigo flo?*

*No te metas en dibu*  
*Ni en saber vidas age*  
*Que en lo que no va ni vie*  
*Passar de largo es cordu.*  
*Que suelen en caperu*

*Darles a los que grace  
Mas tu quemate las ce  
Solo en cobrar buena fa  
Que el que imprime neceda  
Dadas a censo perpe  
Advierte que es desati  
Siendo de vidrio el teja  
Tomar piedras en las ma  
Para tirar al veci.  
Deja que el hombre de jui  
En las obras que compo  
Se vaya con pies de plo  
Que el que saca a luz pape  
Para entretener donce  
Escribe a tontas, y a lo.*

---

AMADIS DE GAULA,

A

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



SONETO.

---

Tu que imitaste la llorosa vida,  
Que tuve ausente, y desdeñado sobre  
El gran ribazo de la peña pobre,  
De alegre a penitencia reducida.  
Tu a quien los ojos dieron la bebida,  
De abundante licor, aunque salobre,  
Y alcanzandote la plata, estaño y cobre,  
Te dio la tierra, en tierra la comida.



Vive seguro, de que eternamente,  
En tanto al menos que en la cuarta esfera,  
Sus caballos aguije el rubio Apolo.  
Tendras claro renombre de valiente,  
Tu patria sera en todas la primera,  
Tu labio autor al mundo unico y solo.

---

DON BELIANIS DE GRECIA,

A

**DON QUIJOTE DE LA MANCHA.**

SONETO.

---

*Rompi, corté, abollé, y dije, y hice,  
Mas que en el orbe caballero andante,  
Fui diestro, fui valiente, fui arrogante,  
Mil agravios vengué, cien mil deshice.  
Hazañas di a la fama que eternice,  
Fui comedido, y regalado amante,  
Fue enano para mi todo Gigante,  
Y al duelo en cualquier punto satisfice.  
Tuve a mis pies postrada la fortuna,  
Y traje del copete mi cordura,  
A la calva ocasion al estricote:  
Mas aunque sobre el cuerno de la luna,  
Siempre se vio encumbrada mi ventura,  
Tus proezas envidio, o gran Quijote.*

---

LA SEÑORA ORIANA,

á

DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

O quien tuviera hermosa Dulcinea,  
Por mas comodidad, y mas reposo,  
A Miraflores puesto en el Toboso,  
Y trocara su Londres con tu Aldea.  
O quien de tus desseos, y librea,  
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso  
Caballero, que hiciste venturoso,  
Mirara alguna desigual pelea.  
O quien tan castamente se escapara  
Del señor Amadis, como tu hiciste,  
Del comedido hidalgo don Quijote.  
Que assi envidiada fuera, y no envidiara,  
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,  
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA,

Á SANCHO PANZA,

ESCUADERO DE DON QUIJOTE.

SONETO.

*Salve varon famoso, a quien fortuna,  
Cuando en el trato escuderil te puso,*

*Tan blanda, y cuerdamente lo dispuso,  
Que lo passaste sin desgracia alguna.  
Ya la azada, o la hoz poco repugna,  
Al andante ejercicio, ya está en uso,  
La llaneza escudera con que acuso,  
Al soberbio que intenta hollar la Luna.  
Envidio a tu jumento, y a tu nombre,  
Y a tus alforjas igualmente te envidio,  
Que mostraron tu cuerda providencia.  
Salve otra vez, o Sancho tan buen hombre,  
Que a solo tu nuestro Español Ovidio,  
Con buzcrona te hace reverencia.*

---

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO,

á

SANCHO PANZA, Y ROCINANTE.



Soy Sancho Panza escude  
Del Manchego don Quijo  
Puse pies en polvo  
Por vivir a lo discre.  
Que el tacito Villadie  
Toda su razon de esta  
Cifró en una retira  
Segun siente Celesti  
Libró en mi opinion divi  
Si encubriera mas lo huma.

---

Á ROCINANTE.



Soy Rocinante el famo  
Bisnieto del gran Babie

Por pecados de flaque  
Fui a poder de un don Quijo.  
Parejas corri a lo flo  
Mas por una de caba  
No se me escapó ceba  
Que esto saqué a Lazari  
Cuando para hurtar el ví  
Al ciego le di la pa

---

ORLANDO FURIOSO,

á

**DON QUIJOTE DE LA MANCHA.**

---

SONETO.

---

*Sino eres Par, tampoco le has tenido,  
Que par pudieras ser entre mil pares,  
Ni puede haberle donde tu te hallares,  
Invito vencedor, jamas vencido.  
Orlando soy Quijote, que perdido,  
Por Angelica vi remotos mares,  
Ofreciendo a la fama en sus altares,  
Aquel valor, que respetó el olvido.  
No puedo ser tu igual, que este decoro,  
Se debe a tus proezas, y a tu fama,  
Puesto que como yo perdiste el seso.  
Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,  
Y Cita fiero domas, que hoy nos llama,  
Iguales en amor con mal sucesso.*

EL CABALLERO DEL FEBO,  
á  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



SONETO.

A vuestra espada no igualó la mía,  
Phebo Español, curioso cortesano,  
Ni a la alta gloria de valor mi mano,  
Que rayo fue do nace, y muere el día.  
Imperios desprecié, la Monarquía,  
Que me ofrecio el Oriente (rojo) en vano,  
Dejó por ver el rostro soberano,  
De Claridiana aurora hermosa mía.  
Amela por milagro unico, y raro,  
Y ausente en su desgracia el propio infierno  
Temio mi brazo que domó su rabia.  
Mas vos Godo Quijote, ilustre, y claro,  
Por Dulcinea sois al mundo eterno,  
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDOAN,

á

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



SONETO.

*Maguer señor Quijote, que sandeces  
Vos tengan el cerbelo derrumbado,*

*Nunca sereis de alguno reprochado,  
Por home de obras viles, y soeces.  
Seran vuessas fazañas los joeces,  
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,  
Siendo vegadas mil apaleado,  
Por follones cautivos y raheces.  
Y si la vuessa linda Dulcinca,  
Dessaguizado contra vos comete,  
Ni a vuessas cuitas muestra buen talante.  
En tal desman vuesso conhorta sea,  
Que Sancho Panza fue mal alcahuete,  
Necio el, dura ella, y vos no amante.*

---

DIALOGO ENTRE BABIECA, Y ROCINANTE.

SONETO.

- B. Como estais Rocinante tan delgado?  
R. Porque nunca se come, y se trabaja.  
B. Pues que es de la cebada y de la paja?  
R. No me deja mi amo ni un bocado.  
B. Anda señor que estais muy mal criado,  
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.  
R. Asno se es de la cuna a la mortaja,  
Quereislo ver, miradlo enamorado.  
B. Es necesidad amar? R. No es gran prudencia.  
B. Metafisico estais. R. Es que no como.  
B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.  
Como me he de quejar en mi dolencia,  
Si el amo, y escudero, o mayordomo,  
Son tan Rocines como Rocinante.
-

# TABLA

*de los capitulos que contiene esta famosa historia del  
valeroso caballero don Quijote de la Mancha.*

---

## PRIMERA PARTE.



	<u>Pág.</u>
Cap. primero.—Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha. . . . .	1
Cap. segundo.—Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote. . . . .	7
Cap. tercero.—Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero. . . . .	14
Cap. cuarto.—De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta. . . .	21
Cap. quinto.—Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero. . . .	28
Cap. sexto.—Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo. . .	33
Cap. séptimo.—De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha. . . . .	41
Cap. octavo.—Del buen successo que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucessos dignos de felice recordacion.. . . .	47

## SEGUNDA PARTE.

	<u>Pág.</u>
Cap. noveno.—Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo Vizcaino y el valiente Manchego tuvieron.	58
Cap. diez.—De lo que mas le avino á don Quijote con el Vizcaino.. . . .	63
Cap. once.—De lo que le sucedió á don Quijote con unos cabreros.. . . .	69
Cap. doce.—De lo que contó un cabrero á los que estaban con don Quijote. . . .	76
Cap. trece.—Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucessos. . . .	83
Cap. catorce.—Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucessos. . . . .	94

## TERCERA PARTE.

Cap. quince.—Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses..	105
Cap. dieciseis.—De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo. . . . .	113
Cap. diecisiete.—Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza passaron en la venta que, por su mal, pensó que era castillo.. . . .	122
Cap. dieciocho.—Donde se cuentan las razones que passó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas. . . . .	131
Cap. diecinueve.—De las discretas razones que	



	Sancho passaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos. . . . .	143
Cap. veinte.—	De la jamás vista ni oída aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha. . . . .	151
Cap. veintiuno.—	Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero. . . . .	166
Cap. veintidos.—	De la libertad que dió don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir. . . . .	179
Cap. veintitres.—	De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan. . . . .	191
Cap. veinticuatro.—	Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena. . . . .	204
Cap. veinticinco.—	Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha: y de la imitacion que hizo á la penitencia de Baltenebros. . . . .	215
Cap. veintiseis.—	Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena. . . . .	233
Cap. veintisiete.—	De como siguieron en su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia. . . . .	242

## CUARTA PARTE.



	Pág.
Cap. veintiocho.—Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra. . . . .	263
Cap. veintinueve.—Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto. . . . .	280
Cap. treinta.—Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y passatiempo. . . . .	294
Cap. treinta y uno.—De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucessos. . . . .	305
Cap. treinta y dos.—Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de don Quijote. . . . .	316
Cap. treinta y tres.—Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente. . . . .	323
Cap. treinta y cuatro.—Donde se prosigue la novela del Curioso Impertinente. . . . .	346
Cap. treinta y cinco.—Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto. . . . .	368
Cap. treinta y seis.—Donde se da fin á la novela del Curioso Impertinente. . . . .	372
Cap. treinta y siete.—De otros raros sucessos que en la venta sucedieron. . . . .	378
Cap. treinta y ocho.—Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras. . . . .	386
Cap. treinta y nueve.—Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras. . . . .	398

	<u>Pág.</u>
Cap. cuarenta.—Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos. . . . .	403
Cap. cuarenta y uno.—Donde se prosigue la historia del cautivo. . . . .	412
Cap. cuarenta y dos.—Donde todavía prosigue el cautivo su suceso. . . . .	426
Cap. cuarenta y tres.—Que trata de lo que mas sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse. . . . .	449
Cap. cuarenta y cuatro.—Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos. . . . .	457
Cap. cuarenta y cinco.—Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta. . . . .	468
Cap. cuarenta y seis.—Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad. . . . .	478
Cap. cuarenta y siete.—En que se da fin á la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote. . . . .	486
Cap. cuarenta y ocho.—Del extraño modo con que fué encantado don Quijote de la Mancha. . . . .	493
Cap. cuarenta y nueve.—Donde se refiere el viaje del encantado caballero de la Mancha, con otros famosos sucesos. . . . .	496
Cap. cincuenta.—Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio. . . . .	507
Cap. cincuenta y uno.—Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote. . . . .	516

	<u>Pág.</u>
Cap. cincuenta y dos.—Donde prosiguen las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucessos.	524
Cap. cincuenta y tres.—Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á don Quijote. . . . .	532
Cap. cincuenta y cuatro.—De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.	538

FIN DE LA TABLA.





# PRIMERA PARTE

DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



## CAPÍTULO PRIMERO.

*Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha.*

**E**N un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los Sábados, lantejas los Viérnes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo, y los dias de entresemana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que assi ensillaba el rocin, como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexion recia, seco de

carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir, que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben) aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento, basta que en la narracion del, no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías, con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda: y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en qué leer, y assí llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos: y de todos, ningunos le parecían tan bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silva. Porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecían de perlas: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaba escrito. *La razon de la sin razon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leía: *Los altos cielos que de vuestra divinidad, divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiessen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo, alababa en su autor

aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pié de la letra, como allí se promete: y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cual habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula: mas Maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decia, que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion, él se enfrascó tanto en su letura, que se le passaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assí del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera, que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, assí de encantamientos, como de pependencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates impossibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él, que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero, pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente espada, que de solo un revés habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, por que en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, quando ahogó á Anteo el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del Gigante Morgante, porque con

ser de aquella generacion Gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reinaldos de Montalban, y mas cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba: y cuando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia, y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué, que le pareció conveniente y necessario, assí para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del Imperio de Trapisonda; y assí con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priessa á poner en efecto lo que desseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisagüelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas, y aderezólas lo mejor que pudo, pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sinó morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que en cada una con el morrion, hacian una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero, y en un punto, des-



hizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por assegurarle deste peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza: y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finíssima de encaje. Fué luego á ver su rocin, y aunque tenia mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis, & ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le passaron en imaginar qué nombre le pondria, porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviesse sin nombre conocido, y assí procuraba acomodársele de manera que declarasse quien habia sido antes que fuesse de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudasse él tambien el nombre, y le cobrasse famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y assí despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar Rocinante, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar don Quijote, de donde (como queda dicho) tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir: pero acordándose que el valeroso Amadis, no solo se habia con-

tentado con llamarse Amadis á secas, sinó que añadió el nombre de su Reino y pátria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, assí quiso como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quijote de la Mancha, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y pátria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender, que no le faltaba otra cosa sinó buscar una dama de quien enamorarse: porque el caballero andante sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: Si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algun Gigante (como de ordinario les acontece á los caballeros andantes) y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, no será bien tener á quien enviarle presentado? y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendido: Yo señora, soy el Gigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentasse ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante. ¡Oh cómo se holgó nuestro buen caballero, cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo, habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, (aunque segun se entiende, ella jamás lo supo, ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijesse mucho del suyo, y que tirasse y se encaminasse al de Princessa

y gran señora, vino á llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas habia puesto.

## CAPÍTULO II.

*Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.*

**H**ECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viesse, una mañana antes del día (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo, de ver con cuanta facilidad habia dado principio á su buen desseo: mas apenas se vió en el campo, cuando le assaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fué, que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganasse. Estos pensamientos le

hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topasse, á imitacion de otros muchos que assí lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera (en teniendo lugar) que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mesmo y diciendo: Quién duda, sinó que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del Manchego horizonte, á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba) y añadió diciendo: Dichosa edad y siglo dichoso, aquel á donde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en

todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo (como si verdaderamente fuera enamorado). ¡Oh Princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje; y con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos (si algunos tuviera). Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego, luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino, fué la del puerto Lápice, otros dicen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es, que él anduvo todo aquel día, y al anochecer, su rocín y él, se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes, por ver si descubriría algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y á donde pudiesse remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba, una venta, que fué como si viera una estrella, que á los portales, sinó á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priessa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero, todo cuanto pensaba, veía ó imaginaba, le parecía ser hecho, y

passar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuesse llegando á la venta (que á él le parecia castillo) y á poco trecho della, detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun Enano se pusiese entre las almenas, á dar señal con alguna trompeta, de que llegaba caballero al castillo. Pero comò vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priessa por llegar á la cabailleriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solozando. En esto sucedió acaso, que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon assí se llaman) tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á don Quijote lo que desseaba, que era que algun Enano hacia señal de su venida: y assí con extrañõ contento llegó á la venta y á las damas. Las cuales como vieron venir un hombre de aquella suerte, armado y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta: pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: No fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que professo, non toca, ni atañe facerle á ninguno, quanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profession, no pudieron tener la risa, y fué de

manera, que don Quijote vino á correrse y á decirles: Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha san-  
dez á demás la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acutedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y passara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre, que por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y el coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas, en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo don Quijote la humildad del Alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: Para mí, señor Castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensó el huésped, que el haberle llamado Castellano, habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era Andaluz, y de los de la playa de San Lúcar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiante ó paje. Y así le respondió: Segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche. Y diciendo esto, fué á tener el estribo á don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, (como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado). Dijo luego al hués-


ped, que le tuviese mucho cuidado de su caballo, por que era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, (que ya se habian reconciliado con él) las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamás supieron, ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos, mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban, eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire: Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como fuera don Quijote cuando de su aldea vino; doncellas curaban del, Princesas del su rocino. Ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazón: pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el desseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondian palabra, solo le preguntaron, si queria comer alguna cosa: Cualquiera yantaria yo, respondió don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta



sinó unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que dalle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió don Quijote, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que en una pieza de á ocho. Quanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas, no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponía, y ansí una de aquellas señoras servia deste menester; mas al darle de beber no fue possible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y assí como llegó, sonó su silbato de cañas, cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras, damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura algua, sin recibir la orden de caballería.

### CAPITULO III.

*Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.*

 assí fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber que hacerse, ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir, que él le otorgaba el don que le pedía. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió don Quijote, y assí os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel día me habeis de armar caballero: y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto desseo, para poder como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo, buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo desseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero (que como está dicho) era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuanto acabó de oirle semejantes razones; y por tener que reir aquella noche, determinó

de seguirle el humor; y así le dijo, que andaba muy acertado en lo que desseaba y pedia, y que tal presupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba: y que él ansí mesmo en los años de su mocedad, se había dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiesse dejado los percheles de Málaga, islas de Riaran, compás de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde habia ejercitado la ligereza de sus piés, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos; y finalmente, dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda, y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiessen con él de sus haberes, en pago de su buen desseo. Díjole tambien, que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo: pero que en caso de necesidad, él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias, de manera que él quedasse armado caballero, y tan caballero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros, respondió don Quijote, que no traia blanca, porque él nunca habia leído en las historias de los caballeros andantes, que ninguno los hubiesse traído. A esto dijo el ventero,

que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necessaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por esso se habia de creer que no los trujeron: y assí tuviesse por cierto y averiguado, que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiesse sucederles; y que assí mismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña, llena de unguentos, para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían, y salían heridos, había quien los curasse, si ya no era que tenían algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella, ó Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiessen tenido: mas que en tanto que esto no hubiesse, tuvieron los passados caballeros por cosa acertada, que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necessarias, como eran hilas y unguentos para curarse: y quando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sùtiles, que casi no se parecían, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podía mandar como á su ahijado, que tan presto lo habia de ser, que no caminasse de allí adelante sin dineros, y sin las prevenciones recibidas, y que vería cuan bien se hallaba con ellas, quando menos se pensase. Prometióle don

Quijote, de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad: y así se dió luego órden como velasse las armas, en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogióndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba; y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á passear delante de la pila; y cuando comenzó el passeio, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta, la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronselo á mirar desde lejos: y vieron que con sossegado ademan, unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba: de manera, que cuanto el novel caballero hacia, era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: O tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, sinó quieres dejar la vida, en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud) antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que á este vuestro avassallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y

diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan mal trecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma intencion, de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas, para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro: al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: O señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza, á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera él pié atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía, se reparaba con su adarga: y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejassen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matasse á todos. Tambien don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratassen los andantes caballeros: y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía: pero de

vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno, Tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decía esto con tanto brio, y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y assí por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar: y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas, con la misma quietud y sossiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar, y darle la negra órden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese: y assí llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiesse cosa alguna: pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero, consistia en la pescozada, y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia; cuanto mas, que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, y dijo, que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyesse con la mayor brevedad que pudiesse: porque si fuesse otra vez acometido, y se viesse armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, escepto aquellas que él le mandasse, á quien por su respeto dejaría. Advertido, y medroso desto el Castellano, trujo luego un libro donde assentaba la paja y cebada que daba á los arrieros: y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de ro-


dillas, y leyendo en su manual (como que decia alguna devota oracion) en mitad de la leyenda, alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su mesma espada, un gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes, como que rezaba). Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñesse la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura, y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa, á cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya habian visto del novel caballero, les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. Don Quijote le preguntó como se llamaba, porque él supiesse de allí adelante á quien quedaba obligado, por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzasse por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella estuviesse le serviria, y le tendria por señor. Don Quijote le replicó, que por su amor le hiciesse merced, que de allí adelante se pusiesse don, y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió: y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio, que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó don Quijote, que se pusiesse don, y se llamasse doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope, y apriessa, las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora don Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras, y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agra-



deciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedir él la costa de la posada, le dejó ir á la buen hora.

#### CAPITULO IV.

*De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.*

 A del alba sería, cuando don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped, cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero: haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderial, de la caballería. Con este pensamiento, guió á Rocinante hacia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponía los piés en el suelo. No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas, como de persona que se quejaba. Y á penas las hubo oído, cuando dijo: Gracias doy al cielo, por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profession, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algun

menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hacia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos passos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra á un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba: y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes, un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension, y consejo: Porque decia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo haré otra vez, señor mio, por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aqui en adelante mas cuidado con el ható. Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede, subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina, á donde estaba arrimada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: Señor caballero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas, que tengo en estos contornos; el cual es tan descuidado, que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido, ó vellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios, y en mi ánima que miente. Miente delante de mi, ruin villano, dijo don Quijote: Por el sol que nos alumbra, que estoy por passaros de parte á parte con esta lanza, pagadle luego sin mas réplica, sinó, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin respon-

der palabra desató á su criado. Al cual preguntó don Quijote, que cuanto le debía su amo: él dijo que nueve meses, á siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales: y díjole al labrador, que al momento los desembolsasse, sinó queria morir por ello. Respondió el medroso villano, que para el passo en que estaba, y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos: porque se le habian de descontar, y recibir en cuenta, tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrias que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó don Quijote: pero quédense los zapatos y las sangrias, por los azotes que sin culpa le habeis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagasteis, vos le habeis rompido el de su cuerpo: y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: ansí que por esta parte no os debe nada. El daño está señor caballero, en que no tengo aqui dineros, véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. Irme yo con él, dijo el muchacho, mas mal año, no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo, me dessuelle como á un san Bartolomé. No hará tal, replicó don Quijote, basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto: y con que él me lo jure, por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre, y asseguraré la paga. Mire vuestra merced señor lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco esso, respondió don Quijote, que Haldudos puede haber caballeros: quanto mas, que cada uno es hijo de sus obras. Assí es verdad, dijo, Andrés, pero este mi amo de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andrés, respondió el labrador, y hacedme

placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, un real sobre otro; y aun sahumados. Del sahumero os hago gracia, dijo don Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento: y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado, sinó, por el mismo juramento os juro, de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo: Sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y á Dios quedad: y no se os parta de las mientes, lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, volvióse á su criado Andrés, y díjole: Venid acá hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Essó juro yo, dijo Andrés, y como que andaré vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva: que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que sinó me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto. Llamad, señor Andrés, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, vereis como no desfaze aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de dessollaros vivo, como vos temíades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuesse á buscar su juez, para que ejecutasse la pro-

nunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia passado, y que se lo habia de pagar con las setenas. Pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto y rendido á toda tu voluntad, en talante, á un tan valiente y tan nombrado caballero, como lo es y será don Quijote de la Mancha: el cual (como todo el mundo sabe) ayer recibió la orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio, que formó la sinrazon, y cometió la crueldad. Hoy quitó el látigo de la mano á aquel despiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia; y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes seponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un grande tropel de gente, que como despues se supo, eran unos mercaderes Toledanos, que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo y tres mozos de mulas á pié. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por


imitar en todo cuanto á él le parecia posible, los pasos que habia leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y así, con gentil continente y denuendo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen, que ya él por tales los tenia y juzgaba: y cuando llegaron á trecho que le pudieron ver y oír, levantó don Quijote la voz, y con ademan arrogante, dijo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa, que no hay en el mundo todo, doncella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la simpar Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son destas razones, y á ver la extraña figura del que las decia: y por la figura, y por ellas, luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio, en qué paraba aquella confesion que se les pedia: y uno dellos que era un poco burlon, y muy mucho discreto, le dijo: Señor caballero, nosotros no conocemos quien sea esa buena señora que decis, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana, y sin apremio alguno confessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó don Quijote, qué hiciérades vosotros en confessar una verdad tan notoria? la importancia está, en que sin verla lo habeis de creer, confessar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descómunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno (como pide la órden de caballería) ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aqui estamos, que

porque no encarguemos nuestras conciencias, confessando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, y mas siendo tan en perjuicio de las Emperatrices y Reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de essa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo esso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, esso que dices, sinó ámbar y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcovada, sinó mas derecha que un uso de Guadarrama; pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habeis dicho, contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja, contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo passara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: Non fuyais gente cobarde, gente cautiva, atended, que no por culpa mia, sinó de mi caballo, estoy aqui tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de

haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro don Quijote tantos palos, que á despecho, y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto, y que le dejasse: pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego, hasta envidar todo el resto de su cólera: y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los Malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado: el cual, despues que se vió solo tornó á probar si podia levantarse; pero sinó lo pudo hacer cuando sano y bueno, cómo lo haria moli-po y casi deshecho? y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía á la falta de su caballo, y no era possible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

## CAPITULO V.

*Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.*

 IENDO pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun passo de sus libros, y trújole su locura á la memoria, aquel de Valdovinos y del Marqués de Mantua, quando Carloto le dejó herido en la montaña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos: y con todo esto, no mas



verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el passo en que se hallaba: y assí con muestras de grande sentimiento, se comenzó á revolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento, lo mesmo que dicen decia el herido caballero del bosque: Dónde estás señora mia, que no te duele mi mal? ó no lo sabes señora, ó eres falsa y desleal. Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen: O noble Marqués de Mantua, mi tío y señor carnal. Y quiso la suerte, que quando llegó á este verso, acertó á passar por allí un labrador de su mesmo lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino: el cual viendo aquel hombre alli tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia, que tan tristemente se quejaba? Don Quijote creyó sin duda que aquel era el Marqués de Mantua su tío, y assí no le respondió otra cosa, sinó fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que le tenia cubierto de polvo. Y apenas le hubo limpiado quando le conoció, y le dijo: Señor Quijada (que assí se debia de llamar quando él tenia juicio, y no habia passado de hidalgo sossegado á caballero andante) quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? pero él seguia con su romance á quanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre, ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sossegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Roci-

nante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía: y no menos iba don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podía tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese qué mal sentía: y no parece sinó que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucessos; porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del Moro Abindarraez, cuando el Alcaide de Antequera, Rodrigo de Narvaez, le prendió y llevó cautivo á su Alcaidia. De suerte, que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía á Rodrigo de Narvaez, del mismo modo que él habia leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe: aprovechándose della tan á propósito, que el labrador se iba dando al diablo, de oír tanta máquina de necesidades. Por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase priessa á llegar al pueblo, por escuchar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Jarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean, ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, pecador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Narvaez, ni el Marqués de Mantua, sinó Pedro Alonso su vecino: ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sinó el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quien soy, respondió don Quijote, y sé que puedo ser, no solo los que he dicho, sinó to-


dos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas, y en otras semejantes, llegaron al lugar á la hora que anochecía: pero el labrador aguardó á que fuese algo mas de noche, porque no viesesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada: y estaban en ella el Cura y el Barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: Qué le parece á vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que así se llamaba el Cura) de la desgracia de mi señor? seis días ha que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas: desventurada de mi, que me doy á entender, y assí es ello la verdad, como nació para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene, y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria hacerse caballero andante, é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que assí han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: Sepa, señor Maese Nicolás (que este era el nombre del Barbero) que muchas veces le aconteció á mi señor tío, estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras, dos días con sus noches, al cabo de los cuales, arrojaba el libro de las manos, y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro Gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las heridas que habia recibido en la batalla,

y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sossegado, diciendo que aquella agua, era una preciosísima bebida, que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes. Esto digo yo tambien, dijo el Cura, y á fé que no se passe el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y assí comenzó á decir á voces: Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos, y al señor Marqués de Mantua que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo, y tio, que aun no se habia apeado del jumento, porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo: Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere possible, á la sabia Urganda, que cure y cate de mis heridas. Mira en hora maza, dijo á este punto el ama, si me decia á mi bien mi corazon, del pié que cojeaba mi señor: Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga essa Urganda le sabremos aqui curar. Malditos digo sean otra vez, y otras ciento, estos libros de caballerías, que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las heridas, no le hallaron ninguna: y él dijo que todo era

molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez Jayanes, los mas desafortunados y atrevidos, que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el Cura, Jayanes hay en la danza: Para mi santiguada que yo los quemé mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle á don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa, sinó que le diessen de comer y le dejassen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose assí, y el Cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á don Quijote: él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas desseo en el Licenciado, de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el Barbero Maese Nicolás, con el cual se vino á casa de don Quijote.

## CAPITULO VI.

*Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.*

L cual aun todavía dormia. Pidió las llaves (á la sobrina) del aposento, donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños: y assí como el ama los vió, volviöse á salir del aposento con gran priessa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: Tome vuestra merced, señor Licenciado, rocíe este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tie-

nen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del ama, y mandó al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciessen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimerero dellos, y pegarles fuego, y sinó llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama; tal era la gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de Amadis de Gaula, y dijo el Cura: valiente y discreto escrutinio. Parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste: y assí me parece, que como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el Barbero, que tambien he oido decir, que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y assí como á único en su arte, se debe perdonar. Assí es verdad, dijo el Cura, y por essa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos essotro que está junto á él. Es, dijo el Barbero, Las Sergas de Esplandian, hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad, señora ama, abrid essa ventana y echadle al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo assí el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que

le amenazaba. Adelante, dijo el Cura. Este que viene, dijo el Barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el Cura, que á trueco de quemar á la Reina Pintiquiñestra, y al pastor Darinel, y á sus Eglogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante. De esse parecer soy yo, dijo el Barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues assí es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. Quién es esse tonel, dijo el Cura? Este es, respondió el Barbero, Don Olivante de Laura. El autor de esse libro, dijo el Cura, fué el mesmo que compuso á Jardin de flores, y en verdad que no sepa determinar, cuál de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso; solo sé decir, que este irá al corral, por disparatado y arrogante. Este que se sigue, es Florismarte de Hircania, dijo el Barbero. Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura, pues á fé que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondía ella: y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es El Caballero Platir, dijo el Barbero. Antiguo libro es esse, dijo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demás sin réplica, y assí fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título, El Caballero de la Cruz. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele decir, tras la Cruz está el diablo, vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dijo: Este es Espejo de caballe-

rías. Ya conozco á su merced, dijo el Cura, ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan, con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpétuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el Cristiano Poeta, Ludovico Ariosto, al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno: pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades, respondió el Cura, y aquí le perdonáramos al señor Capitan, que no le hubiera traído á España, y hecho Castellano, que le quitó mucho de su natural valor: y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan, y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, esceptuando á un Bernardo del Carpio que anda por ahí, y á otro llamado Roncesvalles, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remision alguna. Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada: por entender que era el Cura tan buen Cristiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era Palmerin de Oliva, y junto á él estaba otro que se llamaba Palmerin de Inglaterra. Lo cual visto por el Licenciado, dijo: Essa Oliva se haga lue-



go rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas: y essa Palma de Inglaterra se guarde, y se conserve, como á cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno: y la otra, porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer (señor Maese Nicolás) que este y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el Barbero, que este que aquí tengo, es el afamado don Belianis. Pues esse, replicó el Cura, con la segunda, tercera y quarta parte, tienen necessidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les dá término ultramarino, y como se enmendaren, assí se usará con ellos de misericordia ó de justicia: y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer á ninguno. Que me place, respondió el Barbero; y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomasse todos los grandes, y diesse con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sinó á quien tenia mas gana de quemallos, que de echar una tela, por grande y delgada que fuera: y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del Barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia: Historia del famoso



caballero Tirante el Blanco. Várame Dios, dijo el Cura, dando una gran voz, que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento, y una mina de passatiempos. Aquí está don Quirieleison de Montalvan, valeroso caballo, y su hermano Tomás de Montalvan, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte; con estas cosas, de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo esso os digo, que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los días de su vida: Llevadle á casa, y leedle, y vereis que es verdad quanto del os he dicho. Assí será, respondió el Barbero; pero qué haremos destes pequeños libros que quedan? Estos, dijo el Cura, no deben de ser de caballerías, sinó de Poesía: y abriendo uno, vió que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen, ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero. Ay señor, dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás, porque no sería mucho, que habiendo sanado mi señor tio, de la enfermedad caballeresca, leyendo estos, se le antojasse de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados, cantando y tañiendo: y lo que sería peor, hacerse Poeta, que segun dicen, es enfermedad incurable y pega-


diza. Verdad dice esta doncella, dijo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sinó que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada: y casi todos los versos mayores, y quedésele en hora buen la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el Barbero, es la Diana llamada Segunda, del Salmantino, y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados, al corral: y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mismo Apolo: y passe adelante, señor compadre, y démonos prissa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el Barbero abriendo otro, Los diez libros de fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofraso, Poeta Sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el Cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como esse no se ha compuesto: y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo: y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto: Dádmele acá, compadre, que aprecio mas haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió, diciendo: Estos que se siguen, son El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares, y Desengaños de zelos. Pues no hay mas que hacer, dijo el Cura, sinó entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar. Este que viene, es El Pastor de Fílida. No es esse pastor, dijo el Cura, sinó muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este

grande que aqui viene, se intitula, dijo el Barbero, Tesoro de varias Poesías. Como ellas no fueran tantas, dijo el Cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el Barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el autor de esse libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye: y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero qué libro es esse que está junto á el? La Galatea de Miguel de Cervantes, dijo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio este Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que este se vé, tenedle recluso en vuestra posada. Señor compadre, que me place, respondió el Barbero, y aquí vienen tres todos juntos: La Araucana de don Alonso de Ercilla, la Austriada de Juan Rufo, Jurado de Córdoba, y el Moserrato de Cristóbal de Virves, Poeta Valenciano. Todos estos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heróico, en lengua Castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guárdense como las mas ricas prendas de Poesía que tiene España. Cansóse el Cura de ver mas libros, y assí á carga cerrada, quiso que todos los demás se quemassen: pero ya tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba Las Lágrimas de Angélica. Lloráralas yo, dijo el Cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubie-

ra mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España: y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

## CAPITULO VII.

*De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha.*

STANDO en esto, comenzó á dar voces don Quijote, diciendo: Aquí, aquí valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se passó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban: y assí se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos, La Carolea y Leon de España, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban: y quizá si el Cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto, como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sossegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dijo: Por cierto, señor Arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas, ni mas, llevar la victoria deste torneo á los caballeros Cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compa-

dre, dijo el Cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana: y atienda vuestra merced á su salud por agora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dijo don Quijote, pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ven que yo solo soy el opuesto de sus valentías: mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalvan, si en levantándome deste lecho no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamentos, y por agora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa: y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpétuos archivos, mas no lo permitió su suerte, y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murassen y tapiassen el aposento de los libros, porque cuando se levantasse, no los hallasse, quizá quitando la causa, cessaría el efecto; y que dijessen que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha preseteza. De allí á dos dias se levantó don Quijote, y lo primero que hizo, fué ir á ver sus libros: y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba á donde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvia los ojos por todo sin decir palabra: pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su

ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo: Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? ya no hay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sinó un encantador que vino sobre una nube una noche, despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento y no sé lo que se hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo, y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro, ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien, á mi y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo don Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Assí es, dijo don Quijote, que esse es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir andando los tiempos á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede, y mándole yo, que mal podrá él contradecir, ni evitar lo que por el cielo está ordenado. Quién duda eso? dijo la sobrina, pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en essas pependencias? no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados? ¡Oh sobrina mia! respondió don Quijote, y cuán mal que estás

en la cuenta, primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias passó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero: sobre que él decia, que la cosa de que mas necesidad tenía el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitasse la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque sinó guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre) pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él, y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote, que se dispusiesse á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura, que ganasse en quitame allá esas pajas, alguna Insula, y le dejasse á él por gobernador della. Con estas promesas, y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos, y assentó por escudero de su vecino. Dió luego don Quijote orden en buscar dineros: y vendiendo una cosa, y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse así mesmo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho, del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargó que llevasse alforjas; é dijo que sí llevaría, y que así mesmo



pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traído escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto determinó que le llevase, con propósito de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topasse. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscassen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, con mucho desseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó don Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez passada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió don Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos, de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella; porque ellos al-

gunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo menos de marqués de algun valle ó provincia de poco mas á menos: pero si tú vives, y yo vivo, bien podria ser que antes de seis días ganasse yo tal reino, que tuviesse otros á él adherentes, que viniessen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. De essa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuesse rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Teresa Panza, mi oíslo, vendria á ser reina, y mis hijos infantiles. Pues quién lo duda? respondió don Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviesse Dios reinos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió don Quijote, que él dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar. Tan loco estaba ya el criado como el amo.

## CAPITULO VIII.

*Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.*

**E**N esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo: y assí como don Quijote los vió, dijo á su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á dessear. Porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados Gigantes con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. Qué Gigantes, dijo Sancho Panza? Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son Gigantes, sinó molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas, que volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son Gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no Gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran Gigantes, que ni

oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo: Pues aunque movais mas brazos que los del Gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriessen, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremeti6 á todo el galope de Rocinante, y embisti6 con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvi6 el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudi6 Sancho Panza á socorrerle, á todo el correr de su asno: y cuando lleg6, hall6 que no se podía menear: tal fué el golpe que di6 con él Rocinante. Válame Dios! dijo Sancho, no le dije yo á vuestra merced que mirassé bien lo que hacia, que no eran sin6 molinos de viento, y no lo podía ignorar, sin6 quien llevasse otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondi6 don Quijote, que las cosas de la guerra, mas que otras están sujetas á continua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es assí verdad, que aquel sabio Freston que me rob6 el aposento y los libros, ha vuelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me tiene, mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondi6 Sancho Panza, y ayudándole á levantar, torn6 á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba: y hablando en la passada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice, por-

que allí decia don Quijote, que no era possible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy passagero, sinó que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: Yo me acuerdo haber leído, que un caballero Español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y assí él como sus decendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante, Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquél, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado, de haber merecido venir á vellas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo assí como vuestra merced lo dice, pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída. Assí es la verdad, respondió don Quijote, y sinó me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella. Si esso es assí, no tengo yo que replicar, respondió Sancho, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí se decir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes, esso del no quejarse. No se dejó de reir don Quijote de la simplicidad de su escudero, y assí le declaró que podia muy bien quejarse, como y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho, que mirasse que

era hora de comer. Respondióle su amo, que por entonces no le hacia menester, que comiesse él cuando se le antojasse. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo, muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promessa que su amo le hubiesse hecho, ni tenia por ningún trabajo, sinó por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuessen. En resolucion, aquella noche la passaron entre unos árboles: y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco, que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea: por acomodarse á lo que habia leído en sus libros, cuando los caballeros passaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda: y no fueran parte para despertarle (si su amo no lo llamara) los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y affigiósele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descu-

brieron. Aquí (dijo en viéndole don Quijote) podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden, es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito, ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas, que yo de mio me soy pacífico, y enemigo de meterme en ruidos, ni penden- cias: bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten, que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió don Quijote, pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ím- petus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré esse preceto, tan bien como el día del Do- mingo. Estando en estas razones, asomaron por el ca- mino dos frailes de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de cami- no y sus quitasoles. Detrás dellos venia un coche, con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora Vizcaina que iba á Sevi- lla, donde estaba su marido, que passaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mesmo camino: mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo á su escudero: Ó yo me en- gaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí pa-

recen, deben de ser, y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: Mire señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente passagera. Mire que digo, que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras, lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás: y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca, que á él le pareció que le podrian oír lo que dijese, en alta voz dijo: Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas Princesas que en esse coche llevais forzadas, sinó aparejaos á recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, assí de la figura de don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: Señor caballero, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sinó dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo don Quijote, y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, quē si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, sinó cayera muerto. El segundo religioso que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á



él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en estos dos mozos de los frailes, y preguntáronle, que por qué le desnudaba? Respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido: y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile, todo temeroso y acobardado, y sin color en el rostro: y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quijote estaba como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: La vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante, y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mi habeis recibido, no quiero otra cosa, sinó que volvais al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora, y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que don Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era Vizcaino, el cual viendo que no queria dejar passar el coche adelante, sinó que decia que luego habia de dar la vuelta al To-

boso, se fué para don Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua Castellana, y peor Vizcaina, desta manera: Anda caballero, que mal andes, por el Dios que crióme, que sinó dejas coche, assí te matas como estás ahí Vizcaino. Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sossiego le respondió: Si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el Vizcaino: Yo no caballero: Juro á Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas, y espada sacas, el agua cuan presto verás que al gato llevas: Vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió don Quijote, y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al Vizcaino, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcaino que assí le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa, sinó sacar su espada: pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decia el Vizcaino en sus mal trabadas razones, que sinó le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbasse. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviasse de allí algun poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda: en el discurso de la cual, dió el Vizcaino una gran cuchillada á don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado

golpe, dió una gran voz, diciendo: O señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El Vizcaino que assí le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote: y assí le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodar la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un passo. Venia pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto Vizcaino, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio: y el Vizcaino le aguardaba ansí mesmo, levantada la espada, y aferrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos, y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban, y la señora del coche, y las demás criadas suyas, estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librasse á su escudero, y á ellas, de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto, y término, deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose, que no halló mas escrito de estas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra, no quiso creer que tan curiosa historia estuviesse entregada á las leyes del olvido, ni que hubiessen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviessen en sus archivos, ó en sus escritorios, algunos papeles que deste famoso caballero tratassén, y assí con esta imaginacion, no se desesperó

de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sinó que estaban amenazando al cielo, á la tierra, y al abismo; tal era el desnudo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico Vizcaino: el cual fué dado con tanta fuerza, y tanta furia, que á no volvérsese la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. Váleme Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro Manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sinó que fué de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, sinó se abrazara con el cuello: pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sossiego miran-

do don Quijote: y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, sinó que le cortaria la cabeza. Estaba el Vizcaino tan turbado, que no podia responder palabra, y él lo passara mal, segun estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran á donde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciesse tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis, mas ha de ser con una condicion y concierto: y es, que este caballero, me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. La temerosa y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedia, y sin preguntar quién Dulcinea fuesse, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuesse mandado. Pues en fé de essa palabra, yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido. En fin, su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera.



## SEGUNDA PARTE

DEL


INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



CAPITULO IX.

*Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo Vizcaino y el valiente Manchego tuvieron.*

EJAMOS en la primera parte desta historia al valeroso Vizcaino y al famoso don Quijote, con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada: y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre; porque el gusto de haber leído tan poco, se volvia en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible, y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiesse faltado algun sabio que tomara á cargo el escrebir sus nunca

vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sinó que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías, por mas escondidas que fuessen. Y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltasse á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y assí no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas: el cual, ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como Desengaño de zelos, y Ninfas y pastores de Henares, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviesse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traía confuso, y deseoso de saber real y verdaderamente, toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas; y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas, de monte en monte y de valle en valle: Que si no era que algun follon, ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura, como la madre que la habia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallar-

do Quijote, de continuas y memorables alabanzas: y aun á mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia. Aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el passatiempo y gusto que podrá tener, el que con atencion la leyere. Passó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un escudero, y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y víle con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese: y no tué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntéle que de qué se reia? y respondiome, que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa, dijo, Está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha. Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de don Quijote. Con esta imaginacion, le dí priessa que leyese el principio; y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia: Historia de don




Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo. Mucha discrecion fué menester para dissimular el contento que recibí, quando llegó á mis oidos el título del libro: y salteándosese al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios, por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los desseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el cláustro de la Iglesia Mayor, y roguéle me volviesse aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua Castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiesse. Contentóse con dos arrobas de passas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien, y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la tradujo toda, del mesmo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el Vizcaino, puestos en la mesma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada; y la mula del Vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los piés escrito el Vizcaino un título que decia: Don Sancho de Azpeitia, que sin duda debia de ser su nombre: y á los piés de Rocinante estaba otro que decia: Don Quijote. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno: á los piés del cual estaba otro rótulo que decia: Sancho Zancas, y debia de ser que tenia,

á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas: y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir, pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra, sinó haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y assí me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma, en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales y verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interés, ni el miedo, el rencor, ni la aficion, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á dessear en la mas apacible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fué por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto.

CAPITULO X.

*De lo que mas le avino á don Quijote con el Vizcaino.*

 A en este tiempo se habia levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor don Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuesse servido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna ínsula de donde le hiciesse gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiesse se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó, y le dijo: Sea vuestra merced servido, señor don Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberlo gobernar, tal y tan bien, como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. A lo cual respondió don Quijote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura y la á esta semejantes, no son aventuras de ínsulas, sinó de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, ó una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sinó mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á passo tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho

á todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardasse. Hízolo assí don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegasse su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: Paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatísteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fé que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo don Quijote, y dónde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiesse cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno, solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tú visto mas valeroso caballero que yo, en todo lo descubierta de la tierra? Has leído en historias otro que tenga, ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer, ni escribir: mas lo que osaré apostar, es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced, es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo esto fuera bien escusado, respondió don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsa-

mo de Fierabras, que con sola una gota, se ahorrarán tiempo y medicinas. Qué redoma, y qué bálsamo es esse, dijo Sancho Panza? Es un bálsamo, respondió don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y así, cuando yo le haga, y te le dé, no tienes mas que hacer, sinó que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer): bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente, y al justo. Luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si esso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sinó que vuestra merced me dé la receta de esse extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza á donde quiera, mas de á dos reales, y no he menester yo mas para passar esta vida, honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacelle? Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió don Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñarme? Calla, amigo, respondió don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento: mas cuando don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, dijo: Yo hago juramento al criador de todas las cosas, y á los santos cuatro Evangelios, donde mas

largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua, cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos; que fué, de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expressadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguizado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dijo: Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena, sinó comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió don Quijote, y assí anulo el juramento, en quanto lo que toca á tomar dél nueva venganza: pero hágole, y confírmole de nuevo, de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada, tal, y tan buena como esta, á algun caballero. Y no pienses, Sancho, que assí á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mesmo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: Sinó dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, qué hemos de hacer? háse de cumplir el juramento, á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sinó arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso,

dijo don Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca, á la conquista de Angélica la Bella. Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé esso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en essas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios, que me vá doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla, y un poco de queso, y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho, pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Qué mal lo entiendes, respondió don Quijote; hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leído tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiessen, sinó era á caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demás días se los passaban en flores. Y aunque se deja entender, que no podian passar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, San-

cho amigo, no te congoje lo que á mi me dá gusto, ni querrás tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé si he caído en las reglas de la profession caballeresca, y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero: y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sinó essas frutas que dices, sinó que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer essas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun día será menester usar de esse conocimiento. Y sacando en esto, lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero desseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego á caballo, y diéronse priessa por llegar á poblado antes que anocheciesse: pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que desseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y assí determinaron de passarla allí: que quanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que estó le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.



## CAPITULO XI.

*De lo que le sucedió á don Quijote con unos cabreros.*

**Q**UE recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban, y aunque él quisiera en aquel mesmo punto, ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priessa su rústica mesa, y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada había: habiendo primero con grosseras ceremonias rogado á don Quijote que se sentasse sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: Porque veas Sancho el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato, y bebas donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. Gran merced, dijo Sancho, pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuvissse bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mas solas, como

sentado á par de un Emperador. Y aun si voy á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon, sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Assí que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho que estas (aunque las doy por bien recibidas) las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo esso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza, y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto dél se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tassajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo (ya lleno, ya vacío) como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque, de dos que estaban de manifesto. Despues que don Quijote hubo bien satistecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: Dichosa edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sinó porque entonces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de

tuyo y mio. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, á nadie era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las queiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles, formaban sus repúblicas las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiesse hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sinó de algunas hojas de verdes lampazos y yedra, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decollaban los concetos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella les con-

cebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarcerarlos. No habia la fraude, el engaño, ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osassen turbar ni ofender los del favor y los del interesse, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encage aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia qué juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento les menoscabassen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta, porque allí por los resquicios, ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agassajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural, están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavia, por saber que sin saber vosotros esta obligacion, me acojistes y regalastes, es razon, que con la voluntad á mi possible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron, le trujeron á la memoria la edad dorada: y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando.

Sancho, assí mesmo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le tenían colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar don Quijote, que en acabarse la cena: al fin de la cual, uno de los cabreros dijo: Para que con mas veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agassajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento, con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí: el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay mas que dessear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiénd que si, el que habia hecho los ofrecimientos, le dijo: De essa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres y nos saques verdaderos: y assí te ruego, por tu vida, que te sientes y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo, y sin hacerse mas de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco, con muy buena gracia, comenzó á cantar, diciendo desta manera:

### ANTONIO.



*Yo sé, Olaya, que me adoras,  
Puesto que no me lo has dicho*

*Ni aun con los ojos siquiera,  
Mudas lenguas de amorios.  
Porque sé que eres sabida,  
En que me quieres me afirmo,  
Que nunca fué desdichado  
Amor que fué conocido.  
Bien es verdad, que tal vez,  
Olalla, me has dado indicio  
Que tienes de bronce el alma,  
Y el blanco pecho de risco.  
Mas allá entre tus reproches,  
Y honestísimos desvios,  
Tal vez la esperanza muestra  
La orilla de su vestido.  
Abalánzase al señuelo  
Mi fé, que nunca ha podido  
Ni menguar por no llamado,  
Ni crecer por escogido.  
Si el amor es cortesía,  
De la que tienes colijo,  
Que el fin de mis esperanzas  
Ha de ser cual imagino.  
Y si son servicios parte  
De hacer un pecho benigno,  
Algunos de los que he hecho  
Fortalecen mi partido.  
Porque si has mirado en ello,  
Mas de una vez habrás visto  
Que me he vestido en los lúnes  
Lo que me honraba el Domingo.  
Como el amor y la gala  
Andan un mesmo camino,  
En todo tiempo á tus ojos  
Quise mostrarme polido.  
Dejo el bailar por tu causa,*


*Ni las músicas te pinto  
Que has escuchado á deshoras  
Y al canto del gallo primo.  
No cuento las alabanzas  
Que de tu belleza he dicho,  
Que, aunque verdaderas, hacen  
Ser yo de algunas malquisto.  
Teresa del Berrocal,  
Yo alabándote, me dijo:  
Tal piensa que adora un ángel,  
Y viene á adorar á un gimio.  
Merced á los muchos dijés  
Y á los cabellos postizos,  
Y á hipócritas hermosuras,  
Que engañan al amor mismo.  
Desmientíla, y enojóse,  
Volvió por ella su primo,  
Desafióme, y ya sabes  
Lo que yo hice, y él hizo.  
No te quiero yo á monton,  
Ni te pretendo y te sirvo  
Por lo de barraganía,  
Que mas bueno es mi designio.  
Coyundas tiene la Iglesia,  
Que son lazadas de sirgo,  
Pon tu el cuello en la gamella,  
Verás como pongo el mio.  
Donde no, desde aquí juro  
Por el santo mas bendito,  
De no salir destas sierras,  
Sinó para Capuchino.*

**C**ON esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque don Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que

para oír canciones. Y así dijo á su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego á donde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día, no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensas de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó don Quijote, pero acómdate tú donde quisieres, que los de mi profesión, mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba. Y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente se sanase. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole, que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

## CAPITULO XII.

*De lo que contó un cabrero á los que estaban con don Quijote.*

STANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traian de la aldea el bastimento, y dijo: Sabéis lo que passa en el lugar, compañeros? Cómo lo podemos saber? respondió uno dellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de



aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dijo uno. Por essa digo, respondió el cabrero: Y es lo bueno, que mandó en su testamento, que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pié de la peña donde está la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y él dicen que lo dijo, aquel lugar es á donde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas, tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado, mas á lo que se dice en fin, se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa, á donde tengo dicho. Y tengo para mí, que ha de ser cosa muy de ver, á lo menos, yo no dejaré de ir á verla, si supiesse no volver mañana al lugar. Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo, aunque no será menester usar de essa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud, y á poca curiosidad mia, sinó á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pié. Con todo esso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y don Quijote rogó á Pedro le dijesse, qué muerto era aquel, y qué pastora aquella. A lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar, con opinion de muy sabio y

muy leído. Principalmente decían, que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna: porque puntualmente nos decía el crisis del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no crisis, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo don Quijote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: Assí mesmo adivinaba, cuando había de ser el año abundante ó estéril. Estéril quereis decir, amigo, dijo don Quijote. Estéril ó estéril, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decía, se hicieron su padre y sus amigos que le daban crédito, muy ricos, porque hacían lo que él les aconsejaba, diciéndoles: Sembrad este año cebada, no trigo: en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada: el que viene será de guilla de aceite: los tres siguientes no se cogerá gota. Essa ciencia se llama Astrología, dijo don Quijote. No sé yo como se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabía, y aun mas. Finalmente no passaron muchos meses despues que vino de Salamanca cuando un dia remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistió con él de pastor, otro su grade amigo llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo, el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improvisó vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de ha-

cienda, así en muebles, como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de traje, no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados, en pos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza, quizá, y aun sin quizá, no habreis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque vivais mas años que Sarna. Decid Sarra, replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada passo los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad, amigo, dijo don Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna, á Sarra, os lo dije, pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mío de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada mujer que hubo en todos estos contornos: no parece sinó que ahora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el sol, y del otro la luna, y sobre todo, hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guiller-

mo, dejando á su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tio suyo sacerdote, y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija. Y assí fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento: pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura, se extendió de manera, que assí por ella, como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sinó de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diesse por mujer. Mas él (que á las derechas es buen Cristiano) aunque quisiera casarla luego, assí como la via de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fé que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo, que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Assí es la verdad, dijo don Quijote, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contaís con muy buena gracia. La del Señor no me falte; que es la que hace al caso. Y en lo demás sabreis, que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casasse, y escogiesse á su gusto, jamás ella respondió


otra cosa, sinó que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer justas excusas, dejaba el tio de importunarla, y esperaba que entrasse algo mas en edad y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y assí como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian, que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato: antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su desseo. Que puesto que no huye, ni se esquivo de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion, hace mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura, atrae los corazones de los que

la tratan, á servirla y á amarla: pero su desden y desengaño, los conduce á términos de desesperarse: y así no saben qué decirle, sinó llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejante, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviéssedes, señor, algun día, veríades resonar estas sierras y estos valles, con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza, no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno, una corona grabada en el mismo árbol, como si mas claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cual hay, que passa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos, embebecido y trasportado en sus pensamientos, le halló el sol á la mañana. Y cual hay, que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste, y de aquel, y de aquellos, y de estos, libre y desenfadadamente, triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender, que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar, á aquel donde manda enterrar-

se, media legua. En cuidado me lo tengo, dijo don Quijote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado, con la narracion de tan sabroso cuento. ¡Oh! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela, mas podria ser que mañana topássemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de téchado, porque el sereno os podria dañar la herida; puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte, que su amo se entrasse á dormir en la choza de Pedro. Hízolo assí, y todo lo mas de la noche se la passó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sinó como hombre molido á coces.

### CAPITULO XIII.

*Donde se dá fin al cuento de la pastora Marcela,  
con otros sucessos.*

AS á penas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del Oriente, quando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á don Quijote, y á decille si estaba todavia con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quijote, que otra cosa no desseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillasse y enalbardasse al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no

hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda, vieron venir hacia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano. Venian con ellos assí mesmo dos gentiles-hombres de acaballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que les acompañaban. En llegándose á juntar, se saludaron cortesmente; y preguntándose los unos á los otros donde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y assí comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dijo: paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos, en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, assí del muerto pastor, como de la pastora homicida. Assí me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles don Quijote, qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo, que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera, que uno de ellos se lo contó: contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro á don Quijote habia contado. Cessó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo, á don Quijote, qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica? A lo cual respondió don Quijote: La profession de mi ejercicio, no consiente ni permite



que yo ande de otra manera: El buen passo, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud y las armas, solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales, yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco. Y por averiguarlo mas, y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que qué quería decir caballeros andantes? No han vuestras mercedes leído, respondió don Quijote, los anales é historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradición antigua y comun, en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sinó que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar, y á cobrar su reino y cetro. A cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este, haya ningun inglés muerto cuervo alguno. Pues en tiempo deste buen rey, fué instituida aquella famosa orden de caballería, de los caballeros de la Tabla Redonda, y passaron sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan, de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañoa, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de: Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como fuera Lanzarote cuando de Bretaña vino. Con aquél progresso tan dulce y tan suave, de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano fué aquella orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo: y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos y nietos, has-

ta la quinta generacion; y el valeroso Felixmarte de Hircania; y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco; y casi que en nuestros días, vimos y comunicamos, y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la órden de su caballería. En la cual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profesión, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos professo yo: y assí me voy por estas soledades y despoblados, buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona, á la mas peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes, que era don Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la mesma admiracion, que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta, y de alegre condicion, por passar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba al llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que passasse mas adelante con sus disparates. Y assí le dijo: Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha professado una de las mas estrechas professions que hay en la tierra: y tengo para mí, que aun la de los frailes Cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro don Quijote, pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos, con toda paz y sossiego pidén al cielo el bien de la tierra: pero los soldados y caballeros, ponemos en ejecucion lo que ellos pidén, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos

de nuestras espadas. No debajo de cubierta, sinó al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano, y de los erizados hielos del Invierno. Assí, que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en ejecucion, sinó sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz y reposo, están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda, sinó que los caballeros andantes passados, passaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser Emperadores por el valor de su brazo, á fé que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedarán bien defraudados de sus desseos, y bien engañados de sus esperanzas. De esse parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es: Que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifestó peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada Cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes, antes se encomiendan á sus damas, con tanta gana y devocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á gñtilidad. Señor, respondió don Quijote, esso no puede ser menos en nin-

guna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciesse, que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante que al acometer algun gran fecho de armas, tuviesse su señora delante, vuelva á ella los ojos, blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende: y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo esso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es, que muchas veces he leído, que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos, se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro, es, que el uno cae por las ancas del caballo, passado con la lanza del contrario de parte á parte; y al otro le viene tan bien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo, como el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia, y estaba obligado como Cristiano. Quanto mas, que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tiene damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Esso no puede ser, respondió don Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamora-

dos, como al cielo tener estrellas. Y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuviesse sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sinó por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sinó por las bardas, como salteador y ladron. Con todo esso, dijo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) haber leído, que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo cual respondió nuestro don Quijote: Señor, una golondrina sola no hace Verano. Quanto mas, que yo sé que de secreto estaba esse caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas bien, cuantas bien le parecian, era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien, que él tenia una sola, á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo, y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de essencia que todo caballero andante haya de ser enamorado (dijo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profession. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa que es querida y servida, de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro don Quijote, y dijo: Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga, gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo, solo sé decir (respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea,

su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia. Su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza, que los Poetas dan á sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo: sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales: perlas sus dientes, alabastro su cuello; mármol su pecho, marfil sus manos; su blancura nieve: y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad, son tales, segun yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linaje, prosapia y alcurnia, querríamos saber; replicó Vivaldo. A lo cual respondió don Quijote: No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos: ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña: ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia: Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal: pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia: Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan á prueba. Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad, semejante apellido, hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Cómo esso no habrá llegado? replicó don Quijote. Con gran atencion iban escuchando todos los demás la plática de los dos: y aun hasta los mismos cabreros y

pastores, conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Solo Sancho Panza, pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento. Y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre, ni tal princesa, habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que despues pareció, eran cual de tejo, y cual de ciprés. Entre seis dellos, traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: Aquellos que allí vienen, son los que traen el cuerpo de Grisóstomo; y el pié de aquella montaña, es el lugar donde él mandó que le enterrassen. Por esto se dieron priessa á llegar, y fué á tiempo, que ya los que venían habian puesto las andas en el suelo: y cuatro dellos, con agudos picos, estaban cabando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente: y luego don Quijote y los que con él venian, se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Alrededor dél, tenia en las mismas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos y cerrados: Y así los que esto miraban, como los que habrian la sepultura, y todos los demás que allí habia, guardaban un maravilloso silencio. Hasta que uno de los que al muerto trujeron, dijo á otro: Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en

su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él, que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano: y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado: y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositassen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á don Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo: Esse cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Esse es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesia, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tassa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza; y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoro, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, d.o voces a la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte en la maad de la carrera de su vida. A la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar, para que viviera en la memoria de las gentes: cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y cueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó



en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto: antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo, en los tiempos que están porvenir, á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia, se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fé de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y assí de curiosidad, y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos, lo que tanto nos habia lastimado en oïllo: y en pago desta lástima y del desseo que en nosotros nació de remedialla, si pudiéramos, te rogamos, ¡oh discreto Ambrosio! á lo menos yo te lo suplico, de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiesse, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban, viendo lo cual Ambrosio dijo: Por cortesía, consentiré que os quedéis, señor, con los que ya habeis tomado, pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que desseaba ver lo que los papeles decían, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: Cancion desesperada. Oyólo Ambrosio, y dijo: Esse es el último papel que escribió el des-

dichado, y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leedle de modo que seais oído, que bien os dará lugar á ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenían el mismo desseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que assí decia:

#### CAPITULO XIV.

*Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucessos.*

##### CANCION DE GRISÓSTOMO.

*Ya que quieres, cruel, que se publique  
De lengua en lengua y de una en otra gente  
Del áspero rigor tuyo la fuerza:  
Haré que el mismo infierno comuniqué  
Al triste pecho mio un son doliente,  
Con que el uso comun de mi voz tuerza.  
Y al par de mi desseo, que se esfuerza  
A decir mi dolor y tus hazañas,  
De la espantable voz irá el acento,  
Y en él mezclados, por mayor tormento,  
Pedazos de las miseras entrañas.  
Escucha pues, y presta atento oído,  
No al concertado son, sino al ruido  
Que de lo hondo de mi amargo pecho,  
Llevado de un forzoso desvarío,  
Por gusto mio sale, y tu despecho.  
El rugir del leon, del lobo fiero  
El temeroso aullido, el silbo horrendo  
De escamosa serpiente, el espantable*

*Baladro de algun mónstruo: el agorero  
 Graznar de la corneja, y el estruendo  
 Del viento contrastado en mar instable:  
 Del ya vencido toro, el implacable  
 Bramido, y de la viuda tortolilla  
 El sensible arrullar, el triste canto  
 Del envidiado buho, con el llanto  
 De toda la infernal negra cuadrilla,  
 Salgan con la doliente ánima fuera,  
 Mezclados en un son, de tal manera,  
 Que se confundan los sentidos todos,  
 Pues la pena cruel que en mi se halla,  
 Para contarla pide nuevos modos.  
 De tanta confusion, no las arenas  
 Del padre Tajo oirán los tristes ecos,  
 Ni del famoso Bétis las olivas:  
 Que allí se esparcirán mis duras penas  
 En altos riscos y en profundos huecos,  
 Con muerta lengua y con palabras vivas.  
 O ya en oscuros valles, ó en esquivas  
 Playas, desnudas de contrato humano,  
 O á donde el sol jamás mostró su lumbre,  
 O entre la venenosa muchedumbre  
 De fieras, que alimenta el libre llano.  
 Que puesto que en los páramos desiertos,  
 Los ecos roncós de mi mal inciertos,  
 Suenen con tu rigor, tan sin segundo,  
 Por privilegio de mis cortos hados,  
 Serán llevados por el ancho mundo.  
 Mata un desden, atierra la paciencia,  
 O verdadera ó falsa una sospecha,  
 Matan los zelos con rigor mas fuerte:  
 Desconcierta la vida larga ausencia,  
 Contra un temor de olvido no aprovecha  
 Firme esperanza de dichosa suerte.*

*En todo hay cierta, inevitable muerte;  
Mas yo (milagro nunca visto) vivo  
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto  
De las sospechas que me tienen muerto,  
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.  
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza  
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,  
No yo desesperado la procuro,  
Antes por extremarme en mi querella,  
Estar sin ella eternamente juro.  
Puédese por ventura en un instante  
Esperar y temer? ó es bien hacello,  
Siendo las causas del temor mas ciertas?  
Tengo, si el duro zelo está delante,  
De cerrar estos ojos?—si he de vello  
Por mil heridas en el alma abiertas?  
Quién no abrirá de par en par las puertas  
A la desconfianza, cuando mira  
Descubierto el desden? y las sospechas,  
¡Oh amarga conversion! verdades hechas,  
Y la limpia verdad, vuelta en mentira?  
O en el reino de amor, fieros tiranos  
Zelos, ponédme un hierro en estas manos,  
Dame, desden, una torcida sogá,  
Mas ¡ay de mí! que con cruel vitoria  
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.  
Yo muero en fin, y porque nunca espere  
Buen suceso en la muerte ni en la vida,  
Pertinaz estaré en mi fantasía:  
Diré, que va acertado el que bien quiere,  
Y que es mas libre el alma mas rendida  
A la de amor, antigua tiranía.  
Diré que la enemiga siempre mía,  
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,  
Y que su olvido de mi culpa nace,*

*Y que en fé de los males que nos hace  
Amor, su imperio en justa paz mantiene.  
Y con esta opinion y un duro lazo,  
Acelerando el miserable plazo  
A que me han conducido sus desdenes,  
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma,  
Sin lauro ó palma de futuros bienes.  
Tú que con tantas sinrazones muestras  
La razon que me fuerza á que la haga  
A la cansada vida que aborrezco:  
Pues ya ves que te da notorias muestras  
Esta del corazon profunda llaga,  
De como alegre á tu rigor me ofrezco.  
Si por dicha conoces que merezco  
Que el cielo claro de tus bellos ojos  
En mi muerte se turbe, no lo hagas,  
Que no quiero que en nada satisfagas  
Al darte de mi alma los despojos.  
Antes con risa en la ocasion funesta  
Descubre, que el fin mio fué tu fiesta,  
Mas gran simpleza es avisarte desto,  
Pue se que está tu gloria conocida  
En que mi vida llegue al fin tan presto.  
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo  
Tántalo con su sed, Sisifo venga  
Con el peso terrible de su canto,  
Ticio traiga su buitres, y ansi mismo  
Con su rueda Egion no se detenga,  
Ni las hermanas que trabajan tanto.  
Y todos juntos, su mortal quebranto  
Trasladen en mi pecho, y en voz baja,  
(Si ya á un desesperado son debidas)  
Canten obsequias tristes, doloridas  
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.  
Y el portero infernal de los tres rostros,*

*Con otras mil quimeras y mil mónstruos  
Lleven el doloroso contrapunto,  
Que otra pompa mejor no me parece  
Que la merece un amador difunto.  
Cancion desesperada, no te quejes,  
Cuando mi triste compañía dejes;  
Antes pues que la causa do naciste  
Con mi desdicha aumentas su ventura,  
Aun en la sepultura no estes triste.*

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó, dijo, que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo): Para que, señor, ós satisfagais dessa duda, es bien que sepais, que quando este desdichado escribió esta cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance: así le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona, de la bondad de Marcela: la cual, fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la mesma envidia, ni debe, ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les

ofreció á los ojos: y fué, que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que passaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio: y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado, le dijo: Vienes á ver por ventura, ¡oh fiero basilisco destas montañas! si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida? O vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O á ver desde essa altura, como otro despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma? O á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo, jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que aun el muerto te obedezca en los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ¡oh Ambrosio! á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sinó á volver por mí misma, y á dar á entender, cuan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y assí ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura. Y por el amor que me mostrais, decis, y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable: mas no alcanzo, que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso, á amar

á quien le ama. Y mas, que podria acontecer, que el amador de lo hermoso fuesse feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por esso han de correr iguales los desseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorasen y rindiessen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cual habian de parar: porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos. Y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto assí, como yo creo que lo es, por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no decidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Quanto mas, que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assí como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza; tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta, es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y la virtudes, son adornos del alma, sin los cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermocean, por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerzas é industrias, procura que la pierda? Yo nací libre, y para



poder vivir libre, escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos, mis espejos: con los árboles y con las aguas, comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras. Y si los desseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede decir, que antes le mató su porfia que mi crueldad. Y si se me hace cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo: que cuando en esse mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo, que la mia era vivir en perpétua soledad, y de que sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, qué mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado; desesperó sin ser aborrecido; mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado; desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas; confesse el que yo llamare; ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel, ni homicida, aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino: y el pensar que tengo de amar por eleccion, es excusado. Este general desengaño; sirva á cada uno de los que me solicitan, de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar zelos, que los

desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirva: el que desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida; ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado desseo, por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, por qué ha de querer que la pierda, el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco á nadie. No engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, passos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discrecion, como de su hermosura, á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual, visto por don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces, dijo: Ninguna persona de cualquier estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado

con claras y suficientes razones, la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán agena vive de condescender con los desseos de ninguno de sus amantes: á cuya causa, es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuesse por las amenazas de don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyessen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruessa peña, en tanto que se acababa una losa, que segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

*Yace aquí de un amador  
El mísero cuerpo helado,  
Que fué pastor de ganado,  
Perdido por desamor.  
Murió á manos del rigor  
De una esquivá hermosa ingrata,  
con quien su imperio dilata  
La tiranía de amor.  
Si él enseñara dinero  
Hallara dos mil mujeres  
Que le hicieran mil placeres.*

Y luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos: y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mesmo hicieron Vivaldo y su compañero; y don Quijote se despidió de

sus huéspedes, y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso, y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importarle mas, sinó tornándose á despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino; en el cual no les faltó de qué tratar, assí de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de don Quijote: el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.



# TERCERA PARTE

DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



CAPITULO XV.

*Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.*

**C**UENTA el sabio Cide Hamete Benengeli, que assí como don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo; él y su escudero, se entraron por el mesmo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela. Y habiendo andado mas de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco; tanto que convidó y forzó á passar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, se-

guro de que le conocia por tan manso y tan poco ri-  
joso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no  
le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte,  
y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban  
por aquel valle paciendo una manada de hacas Galicia-  
nas, de unos arrieros yangüeses: de los cuales es cos-  
tumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yer-  
ba y agua. Y aquel donde acertó á hallarse don Quijote,  
era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues,  
que á Rocinante le vino en desseo de refocilarse con  
las señoras facas: y saliendo assí como las olió de su  
natural passo y costumbre, sin pedir licencia á su due-  
ño, tomó un trocico algo picadillo, y se fué á comuni-  
car su necesidad con ellas. Mas ellas, que á lo que  
pareció, debian de tener mas gana de pacer que de él,  
recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de  
tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cin-  
chas, y quedó sin silla en pelota. Pero lo que él debió  
mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que  
á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tan-  
tos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el  
suelo. Ya en esto don Quijote y Sancho (que la paliza  
de Rocinante habian visto) llegaban ijadeando. Y dijo  
don Quijote á Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho,  
estos no son caballeros, sinó gente soez y de baja  
ralea: Dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar  
la debida venganza, del agravio que delante de nues-  
tros ojos se le ha hecho á Rocinante. Qué diablos de  
venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos  
son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun  
quizá nosotros, sinó uno y medio? Yo valgo por ciento,  
replicó don Quijote, y sin hacer mas discursos echó  
mano á su espada, y arremetió á los yangüeses, y lo  
mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del  
ejemplo de su amo. Y á las primeras, dió don Quijote

una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino á don Quijote, sin que le valiesse su destreza y buen ánimo. Y quiso su ventura, que viniesse á caer á los piés de Rocinante, que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: Señor don Quijote! ah señor don Quijote! Qué quieres, Sancho hermano? respondió don Quijote, con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho. Querría, si fuesse possible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me dicsse dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, qué nos faltaba? respondió don Quijote: Mas yo te juro Sancho Panza, á fé de caballero andante, que antes que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza. De mí sé decir (dijo el molido caballero don Quijote) que no sabré poner término á esos dias: Mas yo me tengo la culpa

de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuessen armados caballeros como yo. Y assí creo, que en pena de haber passado las leyes de la caballería, ha permitido el dios de las Batallas que se me diesse este castigo: por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es, que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sinó pon tú mano á tu espada, y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa, acudieren caballeros, yo te sabré defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias, hasta á donde se extiende el valor de este mi fuerte brazo. (Tal quedó de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcaino). Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejasse de responder, diciendo: Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sossegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer é hijos que sustentar y criar. Assí, que séale á vuestra merced tambien aviso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra villano, ni contra caballero. Y que desde aquí para delante de Dios, perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer: ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero: sin eceptuar estado ni condicion alguna. Lo cual oido por su amo, le respondió: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llevándonos las velas del desseo,



para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, qué sería de tí, si ganándola yo, te hiciesse señor della? pues lo vendrás á impossibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber, que en los reinos y provincias nuevamente conquistados, nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura: y assí es menester, que el nuevo possessor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener esse entendimiento y esse valor que vuestra merced dice: mas yo le juro á fé de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta, y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas: y que no hay cosa segura en esta vida. Quién dijera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia. Y sinó fuesse porque imagino (qué digo imagino) sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al

ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí, que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sábeta, amigo Sancho, respondió don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras: y ni mas ni menos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar agora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su brazo, han subido á los altos grados que he contado. Y estos mismos, se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula, se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado, que le dió, teniéndole preso, mas de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una columna de un patio. Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los piés, en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de piés y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo: y sinó fuera socorrido en aquella gran cuita, de un sábio grande amigo suyo, lo passara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos passaron, que no las que ahora nosotros passamos: porque quiero ha-certe sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que


se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos. Y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (á lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron á mi lugar, respondió Sancho, á que mirasse en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los piés, dando conmigo á donde ahora yago, y á donde no me da pena alguna, el pensar si fué afrenta ó no, lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esso, te hago saber, hermano Panza, replicó don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate desso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió don Quijote, que assí haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse desso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante. De lo que yo me maravillo es de que mi jumen-

to haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio á ellas, dijo don Quijote. Dígolo, porque essa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la Risa, cuando entró en la ciudad de las Cien Puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será, que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho: pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura. A lo cual respondió don Quijote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan. Assí que, Panza amigo, no me repliques mas, sinó como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes, el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo don Quijote, cuando no pueden mas, ó cuando están enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol, y á la sombra, y á las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno destes fué Amadis, quando llamándose Beltenebros, se alojó en la peña Pobre, ni sé si ocho años, ú ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento, como á Roci-

nante. Aun ahí sería el diablo, dijo Sancho, y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno (que tambien habia andado algo destraido con la demasiada libertad de aquel día.) Levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con qué quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó á don Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante: y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas á menos hácia donde le pareció que podia estar el camino Real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de don Quijote, habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sinó castillo: y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

## CAPITULO XVI.

*De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.*

L ventero, que vió á don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho, qué mal traía. Sancho le respondió, que no era nada, sinó que habia dado una caída de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una, no de la condicion que suelen

tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus prójimos: y assí acudió luego á curar á don Quijote, é hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudasse á curar á su huésped. *Servia en la venta assí mesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas.* No tenia cinco palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á don Quijote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifestos indicios que habia servido de pajar muchos años: en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro don Quijote. Y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de don Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo sùtil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó don Quijote: y luego la ventera y su hija, le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que assí se llamaba la asturiana. Y como al bismalle viesse la ventera tan acardenalado á partes á don Quijote, dijo, que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dijo Sancho, sinó que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal. Y tambien le dijo: Haga vuestra merced, señora, de manera que queden

algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. Dessa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sinó que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá ser esso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sinó estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote. Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. Qué es caballero aventurero? replicó la moza. Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: Pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador. Hoy está la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. Pues cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sinó un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quijote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrechodella, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de

España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: Creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria, el servicio que me habedes fecho, para agradeceróslo mientras la vida me durare. Y pluguiera á los altos cielos, que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante caballero, que assí las entendian como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron. Y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella, que aquella noche se refociliarian juntos: y ella le habia dado su palabra, de que en estando sossegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandasse. Y cuéntase desta buena moza, que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliesse, aunque las diesse en un monte y sin testigo alguno: porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella, que desgracias y malos sucessos, la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho



de don Quijote, estaba primero en mitad de aquel estrellado establo; y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de angeo tundido, que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor de esta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas: y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso passar en silencio. De donde podrán tomar ejemplo los historiados graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del conde Tomillas, ¡y con qué puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal, ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía, de los sucessos que á cada passo se cuentan en los libros, autores de su des-

gracia, le trujo á la imaginacion una de los extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero, lo era del señor del castillo; la cual vencida de su gentileza, se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendria á yacer con él una buena pieza. Y teniendo toda esta quimera (que él se habia fabricado) por firme y valedera, se comenzó á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver. Y propuso en su corazon, de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintañona, se le pussiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con táticos y atentados passos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero apenas llegó á la puerta, cuando don Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando, iba con las manos delante, buscando á su querido. Topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí (sin que ella ossase hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mes-

mo sol escurecia. Y el aliento, que sin duda alguna olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático: y finalmente él la pintó en su imaginacion, de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa, que vino á ver el mal ferido caballero vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero. Antes le parecía que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja, le comenzó á decir: Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tanta merced, como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho, pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir á los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fé que tengo dada, á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos. Que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadíssima y trasudando, de verse tan asida de don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenían despierto sus malos desseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió: estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro,

se fué llegando mas al lecho de don Quijote, y estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender. Pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y don Quijote trabajaba por tennella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los piés, mas que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: Adonde estás puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuantas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho, con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas refida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero, cual andaba su dama, dejando á don Quijote, acudió á dalle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con

intencion diferente; porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y assí como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo; daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priessa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno, que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á oscuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano, no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual oyendo assí mesmo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á oscuras en el aposento, diciendo: Ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad. Y el primero con quien topó, fué con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas, no cessaba de decir: Favor á la justicia: pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha, reforzó la voz diciendo: Cíérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados don Quijote y Sancho, no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes, mas no la halló, porque el ventero, de industria, habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir

á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo, encendió el cuadrillero otro candil.

## CAPITULO XVII.

*Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza passaron en la venta que, por su mal, pensó que era castillo.*

**H**ABIA ya vuelto en este tiempo de su paraisimo don Quijote, y con el mesmo tono de voz con que el dia antes habia contestado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar, diciendo: Sancho amigo, duermes? Duermes, amigo Sancho? Qué tengo de dormir, pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sinó que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer assí sin duda, respondió don Quijote: porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado. Porque has de saber, mas esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, replicó don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago, Sancho, respondió don Quijote, que me querrías ver muerto con tanta brevedad? No es por esso, respondió Sancho, sinó porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo que fuere, dijo don Quijote, que

mas fio de tu amor y de tu cortesía; y así has de saber, que esta noche me ha sucedido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. Qué te podría decir del adorno de su persona? Qué de su gallardo entendimiento? Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fé que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré passar intactas y en silencio? Solo te quiero decir, que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo; al tiempo que yo estaba con ella en dulcíssimos y amorosíssimos coloquios, sin que yo la viesse ni supiesse por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y assentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros, que por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella, le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado, de manera que el moliimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor: cómo llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho. Pero yo qué tuve, sinó los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante, ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor

parte. Luego tambien estás tu aporreado? respondió don Quijote. No le he dicho que sí, pese á mi linaje? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo don Quijote, que yo haré agora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y assí como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa, y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: Señor, si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió don Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió don Quijote, pero no es bastante indicio esse para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sossegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aun don Quijote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y díjole: Pues, cómo va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió don Quijote, si fuera que vos. Úsase en esta tierra hablar dessa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite, dió á don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado, y como todo quedó á oscuras, salióse luego. Y Sancho Panza dijo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Assí es, respondió don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni eno-



jo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos, aunque mas lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huessos, y fué á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido, por los manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso. Y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos: y lo que él pensaba que era sangre, no era sinó sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos, y cocciéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion. Y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tantas Ave Marías, Salves y Credos, y á cada palabra

acompañaba una cruz, á modo de bendicion: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero, y cuadrillero, que ya el arriero sossegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso el mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y assí se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se había cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar, de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ánsias y agitacion del vómito, le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejassen solo. Hiciéronlo assí, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano. Y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio, podía acometer desde allí adelante sin temor alguno, cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él tomándola á dos manos, con buena fé y mejor talante, se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y assí primero que vomitasse le dieron tantas ánsias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora: y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo había dado. Viéndole assí don Quijote, le dijo: Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero: porque tengo para mí, que este

licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si esso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, para qué consintió que lo gustasse? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á dessaguarse por entrambas canales, con tanta priessa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sinó todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sinó tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo: y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo: y assí forzado deste desséo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno. Púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba, para que le sirviesse de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que passaban de mas de veinte personas, mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de quando en quando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas; á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habian visto bismar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave, le dijo. Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he

recibido, y quedo obligadísimo á agradecéros las todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sinó valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuer tos y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sinó decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mesmo sossiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, assí de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. Luego venta es esta? replicó don Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo: pero pues es assí que no es castillo sinó venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdonais por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa, en venta donde estuviessen. Porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en esso, respondió el ventero, págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra


cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostelero, respondió don Quijote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviesse; y él sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que sinó le pagaba, que lo cobraria de modo que le pessase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recibido, no pagaria un solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar del los escuderos de los tales, que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta, se hallassen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al coral, que tenia por límite el cielo. Y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto y á holgarse con él, como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba, fueron tantas, que llegaron á

los oídos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar. Pero no hubo llegado á las paredes del corral (que no eran muy altas) cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire, con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo; y assí desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho mantenaban, que no es possible acertar á escrebillos, mas no por esto cessaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gaban. Y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y assí se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará; ves aquí tengo el santíssimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebage) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores: Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos y déjeme á mí. Y el acabar de decir esto, y el comenzar á beber, todo fué uno: mas como al primer trago vió que

era agua, no quiso passar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujesse de vino; y assí lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero, porque en efecto, se dice della, que aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras y lejos de cristiana. Assí como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía: mas Sancho no las echó menos segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta assí como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

### CAPITULO XVIII.

*Donde se cuentan las razones que passó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.*

LEGÓ Sancho á su amo, marchito y desmayado, tanto, que no podia arrear á su jumento. Cuando assí le vió don Quijote, le dijo: Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta, es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrocemente tomaron passatiempo contigo, qué podian ser sinó fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto, por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué possible subir por ellas, ni menos

pude apearne de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro por la fé de quien soy, que si pudiera subir ó apearne, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, sinó fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí, que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sinó hombres de carne y de hueso, como nosotros; y todos segun los oí nombrar, cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Assí que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto, es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo, al cabo, nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cual es nuestro pié derecho. Y lo que sería mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernó á nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dicen. Qué poco sabes, Sanchó, respondió don Quijote, de achaque de caballería, calla y ten paciencia, que día vendrá, donde veas por vista de ojos, cuan honrosa cosa es andar en este ejercicio. Sinó dime, qué mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno



sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé. Solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número) jamás hemos vencido batalla alguna, sinó fué la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos, que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Essa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió don Quijote: pero de aquí adelante, yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo, no le puedan hacer ningun género de encantamientos. Y aun podria ser que me deparasse la ventura aquella de Amadis, cuando se llamaba El Caballero de la Ardiente Espada, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo: porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando esso fuesse, y vuestra merced viniessse á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas esso, Sancho, dijo don Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote, que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espessa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo: Este es el dia, ¡oh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte. Este es el dia, digo, en que se ha de mostrar

tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables gentes, por allí viene marchando. A essa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta assí mesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo don Quijote, y vió que assí era la verdad: y alegrándose sobre manera, pensó sin duda alguna, que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucessos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de caballerías se cuentan: y todo quanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle. Señor, pues qué hemos de hacer nosotros? Qué? dijo don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Pues porqué se quieren tal mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapo-

lin, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, sinó deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza esso, respondió Sancho: Pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de passada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora. Assí es verdad, dijo don Quijote, lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante, no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así y pusieronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas que á don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista: pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros gigantes, que está á su derecha mano, es el nunca medroso



Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro, en campo leonado, con una letra que dice Miau, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe: El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique: el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños, á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nervia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano, que dice assí: Rastrea mi suerte. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros, del uno y del otro escuadron, que él se imaginaba: y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: A este escuadron frontero, forman y hacen gentes de diversas naciones; aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los Masflicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pac-

tofo, los numidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino. Finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuantas provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dijo: Señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto, á lo menos yo no los veo, quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche. Cómo dices esso? respondió don Quijote. No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No

oigo otra cosa, respondió Sancho, sinó muchos balidos de ovejas y carneros: y assí era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas. Porque uno de los efectos del miedo, es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir. Vuélvase, desdichado del padre que me engendró, ¡qué locura es esta! Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros; ni veros azules ni endiablados: qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por essas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: Ea caballeros, los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo se entró por medio del escudron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello, pero viendo que no aprovechaban, desciféronse las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurrendo á todas partes decía: ¡A dónde estás, soberbio Alifanfaron? vente á mí, que un caballero solo soy, que dessea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso

Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á á echar licor en el estómago; mas antes que acabasse de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto. Y assí con mucha priessa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que passaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y djole: No le decia yo, señor don Quijote, que se volviesse, que los que iba á acometer no eran ejércitos sinó manadas de carneros? Como esso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales, hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno, y si-guelos bonitamente, y verás como en alejándose de

aquí algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te les pinté primero. Pero no vayas agora, que he menester tu favor y ayuda: llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan acerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí, mas recio que una escopeta, cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho, y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sinó el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse, y con qué curar á su amo, y como no las halló estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiesse el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levántose en esto don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabassen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuesse á donde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además. Y viéndole don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo: Sábeta, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace




mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Assí que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. Cómo no? respondió Sancho: por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas, Sancho? dijo don Quijote. Sí que me faltan, respondió Sancho. Desse modo no tenemos que comer hoy, replicó don Quijote. Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo esso, respondió don Quijote, tomara yo ahora mas aína un cuartal de pan, ó una hogaza, y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios que es provéedor de todas las cosas, no nos ha de faltar; y mas andando tan en su servicio, como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua. Y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador, que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo don Quijote, porque caballero andante hubo en los passados siglos, que assí se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado

por la universidad de París: de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea assí como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios hijo, dijo don Quijote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos: pero dame acá la mano y atíentame con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: Cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro sinó eran cinco, respondió don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante. Mas á todo esto estamos sujetos los que professamos la estrecha orden de la caballería: sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al passo que quisieres. Hízolo assí Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por

allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sossegar ni atender á darsse priessa, quiso Sancho entrettenelle y divertille diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XIX.

*De las discretas razones que Sancho passaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.*

ARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo, de no comer pan á manteles, ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo don Quijote. Mas para decirte verdad, ello se me habia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta: pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de caballería para todo. Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo don Quijote, basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro: y por sí ó por nó, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es

así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas, les tomó la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir donde aquella noche se recogiesen: y lo que no habia de bueno en ello, era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía. Y fué que la noche cerró con alguna oscuridad, pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas, de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mesmo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sinó estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y don Quijote, no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su Rocino, y estuvieron quedos, mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban, mayores parecian. A cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á don Quijote. El cual, animándose un poco, dijo: Esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si á caso esta aventura fuesse de fantasmas, como me lo va pareciendo, adónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa: que

si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser: y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana: y creció mas el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos: detrás de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los piés de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí, con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo: y assí fuera en cuanto á don Quijote, que ya Sancho habia dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada: y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente

se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de passar; y cuando los vió cerca alzó la voz, y dijo: Díteneos, caballeros, ó quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois; de dónde venis; á dónde vais; qué es lo que en aquellas andas llevais; que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene, y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos hicieron. Vamos de priessa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula pasó adelante. Sintióse desta respuesta grandemente don Quijote, y trabando del freno, dijo: Díteneos, y sed mas bien criados, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sinó conmigo sois todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los piés dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar á don Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon, arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra: y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sinó que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y assí con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian sinó á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y loras, no se podian mover: assí que muy á su salvo don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal

de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sinó diablo del infierno que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver don Quijote, y llegándose á él, le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole, que se rindiese, si no que le mataría. A lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traído aquí, dijo don Quijote, siendo hombre de Iglesia? Quién, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo don Quijote, sinó me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y assí sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sinó bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, (como digo) llevábamos sus huessos á su sepultura que está en Segovia, de donde es natural. Y quién le mató? preguntó don Quijote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. Dessá suerte, dijo don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto: pero habiéndole muerto quien le mató, no hay

sinó callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera si á mí mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé cómo pueda ser esso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mi de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida: y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dejarme agraviado, de manera, que me quedaré agraviado para siempre: y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió don Quijote, suceden de un mismo modo; el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y assí yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que assí lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, (que tan mal andanza me ha dado) me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo don Quijoté, y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniesse, pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al




señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha, y don Quijote le dijo, que siguiesse la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiesse perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: Si á caso quisieren saber esos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced, que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama El Caballero de la Triste Figura. Con esto se fué el bachiller, y don Quijote preguntó á Sancho, que qué le habia movido á llamarle El Caballero de la Triste Figura, mas entonces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es esso, respondió don Quijote, sinó que al sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros passados: qual se llamaba El de la Ardiente Espada: qual El del Unicornio: aquel De las Doncellas: aqueste El del Ave Fénix: el otro El caballero del Grifo: estotro El de la Muerte: y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assí digo, que el sabio ya dicho, te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamasses El Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer essa figura, dijo Sancho, sinó lo que se ha de

hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán El de la Triste Figura, y créame, que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor, (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura. Rióse don Quijote del donaire de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela como había imaginado, y díjole: Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *justa illud, si quis suadente diablo, &c.* Aunque sé bien que no puse la manos, sinó este lanzon: cuanto mas, que yo no pensé que ofendia á sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sinó á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y cuando esso assí fuese, en la memoria tengo lo que le passó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey, delante de su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar, como muy honrado y valiente caballero. Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayesse en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto, volviessen á rehacerse y á buscarnos, y nos diessen en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sinó

retirarnos con gentil compás de piés; y como dicen, váyasse el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese: el cual, pareciéndole que Sancho tenía razon, sin volverle á replicar le siguió. Y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, mendraron y cenaron á un mesmo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiamblera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal passar) en la acemila de su repuesto traian. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca: y acossados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XX.

*De la jamás vista ni oída aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha.*

 O es possible, señor mio, sinó que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece; y assí será bien que vayamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que

sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna: mas no hubieron andado doscientos passos, quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia que parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo, que les aguló el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crugir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido: de manera, que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua, con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto: y mas quando vieron, que ni los golpes cessaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba: añadiéndose á todo esto, el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y abrazando su rodela, terció su lanzon, y dijo: Sancho amigo, has de saber, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Fran-

cia y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos hicieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destes árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incessable golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto, son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho, con el desseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra. Assí que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales, sinó volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciessen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos vé nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes.

Cuanto mas, que yo he oido predicar al cura de nuestro lugar (que vuestra merced bien conoce) que quien busca el peligro perece en él: assí que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desafortado hecho, donde no se puede escapar sinó por milagro; y hasta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande esse duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos: pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. Cómo puedes tú, Sancho, dijo don Quijote, ver dónde hace essa línea, ni dónde está essa boca ó esse colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Assí es, dijo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día. Falte lo que falta-

re, respondió don Quijote, que no se ha de decir por mi ahora, ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero: y assí te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiesse: y assí cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sinó á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste dijo: ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar, y espolear, y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces (como dicen) contra el aguijon. Desesperábase con esto don Quijote, y por mas que ponía las piernas al caballo, menos le podia mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura tuvo por bien de sossegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se meneasse, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assí le dijo; Pues assí es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso

de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan semejable aventura que le espera. A qué llamas apear, ó á que dormir? dijo don Quijote; soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavia alternativamente sonaban. Díjole don Quijote que contasse algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo que Sancho dijo, que sí hiciera si le dejara el temor de lo que oia, pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento que ya comienzo: Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuera á buscar. Y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas, no fué assí como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: Y el mal para quien le fuere á buscar, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sinó que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo don Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Estremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual partor ó ca-



brerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico. Si dessa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y sinó no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarle de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres, respondió don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Assí que, señor mío de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes, que parece que ahora la veo. Luego conocístela tú? dijo don Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien cuando lo contasse á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo. Assí que yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenía á la pastora se volviese en homecillo y mala voluntad, y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales, que passaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viessen jamás. La Torralva que se vió desdeñada de Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le habia querido. Essa es natural condicion de mujeres, dijo don Quijote, desdeñar á quien las quie-

re y amar á quien á las aborrece, passa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Estremadura para passarse á los reinos de Portugal. La Torralva que lo supo se fué tras él, y seguíale á pié y descalza desde lejos, con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, (segun es fama) un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara: mas llevasse lo que llevasse, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo. Solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á passar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre; y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le passasse á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas, mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podia caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le passase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y passó una cabra, volvió y passó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va passando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél. Sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte, estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto, volvió por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las passó todas, dijo don Quijote, no andes yendo y viniendo dessa manera, que no acabarás de passarlas en un año. Cuántas han pasado hasta agora? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, res-

pondió don Quijote. Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay passar adelante. Cómo puede ser esso? respondió don Quijote; tan de essencia de la historia, es saber las cabras que han passado por extenso, que si se yerra una del número, no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque assí como yo pregunté á vuestra merced, que me dijese cuantas cabras habian passado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante, se me fué á mi de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fé que era de mucha virtud y contento. De modo, dijo don Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígote de verdad, respondió don Quijote, que tu has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dejarla, jamás se podrá ver, ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso, mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cessan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho, mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del passaje de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dijo don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante. Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo, tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiesse cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuesse cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y desseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él. Mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su

amo. Pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era possible, y assí lo que hizo por bien de paz, fué soltar la mano derecha, que tenia asida al arzon trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, (que no eran muy pequeñas.) Hecho esto (que él penso que era lo mas que tenia que hacer, para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué, que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia. Pero con todas estas diligencias, fué tan desdichado, que al cabo, al cabo, vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo don Quijote, y dijo: Qué rumor es esse, Sancho? No sé señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras, nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado. Mas como don Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegassen á sus narices, y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dedos, y con tono algo gangoso, dijo: Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondió Sancho, mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió don

Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sinó vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados passos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mía, que la mucha conversacion que tengo contigo, ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es menallo, amigo Sancho, respondió don Quijote. En estos colojios y otros semejantes, passaron la noche amo y mozo. Mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre (aunque él de suyo no era nada brioso) parece que se resintió y comenzó á dar manotadas, porque corvetas (con perdon suyo) no las sabia hacer. Viendo pues don Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiesse aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura: sintió tambien que el golpear no cessaba, pero no vió quien lo podia causar. Y assí sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardasse tres dias á lo mas largo (como ya otra vez se lo habia dicho) y que si al cabo dellos no hubiesse vuelto, tuviesse por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabassen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviesse pena, porque él habia dejado hecho su

testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido. Pero que si Dios le sacaba de aquel peligro, sano, y salvo, y sin cautela, se podía tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza, saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo. Cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pié, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas. Y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandíssimo golpe de agua. Al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear (que aun no cessaba). Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sossegándole don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese; y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos

serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche las habia tenido. Y eran (sinó lo has ¡oh lector! por pesadumbre y enejo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró tambien don Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho, pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo. Cuatro veces sossegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero; de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de fisa: Has de saber, ¡oh Sancho amigo! que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues don Quijote, que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le assentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, sinó fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no passasse adelante en ellas, con mucha hu-

mildad le dijo: Sossiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo, respondió don Quijote. Venid acá, señor alegre, paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? Estoy yo obligado á dicha (siendo como soy caballero) á conocer y destinguir los sones, y saber cuáles son de batan ó no? Y mas que podria ser (como es verdad) que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que soís, criado y nacido entre ellos. Sinó, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía: pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, assí Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano y salvo como le ha sacado desta, nó ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced, ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondió don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. A lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas: gracias á Dios, y á la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: Esse te quiere bien, que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque nó sé lo que




le suelen dar tras haberle dado de palos; si ya no es que los caballeros andantes dan, tras palos, ínsulas ó reinos en tierra firme. Tal podría correr el dado, dijo don Quijote, que todo lo que dices viniése á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre: y está advertido de aquí adelante en una cosa (para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo) que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco: mía, en que no me dejas estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la ínsula Firme. Y se lee dél, que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo (more turquesco.) Pues qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero. Assí que desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y sinó llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder (como ya os he dicho). Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho. Pero querría yo saber (por si á caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos?

y si se concertaban por meses ó por días, como peones de albañil. No creo yo, respondió don Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sinó á merced. Y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podía suceder, que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por pocas cosas penasse mi ánima en el otro mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Assí es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan, pudo alborotar y desassossegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero, como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro, que de aquí adelante no despliegue mis lábios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, sinó fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Dessa manera, replicó don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuessen.

## CAPITULO XXI.

*Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.*

N ESTO comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas habíales cobrado tal aborrecimiento don Quijote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y assí torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el día de antes. De allí á

poco descubrió don Quijote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo: Paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, por que todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra otra se abre. Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia sería la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche. Digo esto, porque si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querría que fuessen otros batanes que nos acabassen de abatanar y aporrear el sentido. ¡Válate el diablo por hombre! replicó don Quijote, qué vá de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fé que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo don Quijote. Díme, no ves aquel caballero que hacía nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sinó un hombre sobre un asno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues esse es el yelmo de Mambrino, dijo don Quijote, apártate á una parte y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar el tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he

desseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho: mas quiera Dios, tornó á decir, que orégano sea y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas esso de los batanes, dijo don Quijote, que voto... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el caballo, y caballero que don Quijote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica, ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y assí el barbero del mayor, servia al menor; en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero y traia una bacía de azofar, y quiso la suerte, que al tiempo que venia, comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que á don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos. Y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante, le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de passarle de parte á parte. Mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: Desfíendete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sinó fue el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr

por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó don Quijote, y dijo, que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes, aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzasse el yelmo, el cual tomándola en las manos, dijo: Por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí. Y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo: Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa, mas vino-sele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. De qué te ríes, Sancho? dijo don Quijote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano, dueño deste almete, que no semeja sinó una bacía de barbero pintiparada. Sabes que imagino, Sancho, que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices: pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco, no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las Herrerías, para el dios de las Batallas; y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

Esso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las assaduras. No me dá mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú Sancho, dijo don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho. Pero si yo le hiciere, ni le probaré mas en mi vida, aquí sea mi hora. Quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sinó encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábetete, que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. Qué pié sacaste cojo? qué costilla quebrada? qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué y passatiempo, que á no entenderlo yo ansí, ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena. La cual, si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes. Y dijo Sancho: por burlas, pues la venganza no puede passar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced, qué haremos deste caballo rucio rodado,

que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los piés en polvorosa, y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás? y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié: si ya no fuesse que el vencedor hubiesse perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso, lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Assí que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno; verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querría saber si podria trocar los aparejos siquiera. En esso no estoy muy cierto, respondió don Quijote, y en caso de duda (hasta estar mejor informado) digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester mas: y luego habilitado con aquella licencia, hizo mutatio caparum, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos (tal era el aborrecimiento que les tenian) por el miedo en que les habian puesto, que cortada la cólera y aun la melancolía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser de muy caballeros andantes, el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, (que se llevaba tras sí la de su amo y aun la del asno, que siempre le seguia

por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía). Con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Yendo pues assí caminando, dijo Sancho á su amo: Señor, quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de lengua, no querría que se malograrse. Dila, dijo don Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y assí se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y assí me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir, que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió don Quijote, mas antes que se llegue á esse término es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras,



para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal, que cuando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces diciendo: Este es el caballero del Sol, ó de la Sierpe, ó de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. Este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años. Assí que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino; y assí como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: Ea, sus, salgan mis caballeros cuantos en mi corte están á recibir á la flor de la caballería que allí viene; á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, á donde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra, á duras penas se pueda hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana, y sin saber cómo, ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ánsias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde habiéndole quitado

las armas, le traerán un rico manto de escarlata, con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes: y ella hará lo mismo, con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una hermosa dueña, que entre dos gigantes detrás del enano viene, con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el rey, que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sinó el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él; y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha. Darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le bessará cortesmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo, una doncella de quien la infanta mucho se fia. Suspirará él, desmayarásse ella, traerá agua la doncella, acuitarásse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuessen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces,

y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos, del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucessos, y rogará le la princesa, que se detenga lo menos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: váse desde allí á su aposento, échasse sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida; madruga muy de mañana, váse á despedir del rey, y de la reina, y de la infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero, que es de pena de su partida, traspássasselé el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena; está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice, que una de las mayores penas que tiene, es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no; asegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero, sinó en sujeto real y grave. Consuélase con esto la cuitada, y procura no dar mal indicio de sí á sus padres. Y á cabo de dos días sale en público; ya se es ido el caballero, pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve á la córte, vé á su señora por donde suele, conciertase que la pida á su padre por mujer, en pago de su servicios, no se la quiere dar al rey, porque no sabe quién es. Pero con todo esto, ó robada ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé que reino, porque creo que no debe estar en el mapa. Muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero,

en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero, y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado. Casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose El Caballero de la Triste Figura. No lo dudes, Sancho, replicó don Quijote, porque del mismo y por los mismos passos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa? pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podrá hallar que yo sea de linage de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador? Porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer, sinó está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: assí que por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo soy hijodalgo de solar conocido, de possession y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindasse de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo: unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámidas. Otros tuvieron principio de gente baja, y van su-

biendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores. De manera que está la diferencia, en que unos fueron, que ya no son: y otros son, que ya no fueron, y podria ser yo destes, que despues de averiguado, hubiesse sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser. Y cuando no, la infanta me ha de querer, de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no aquí entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerza. Aunque mejor cuadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Dígolo, porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sinó como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la infanta, y él passa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa, porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien la quite, dijo don Quijote. Pues como esso sea, respondió Sancho, no hay sinó encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió don Quijote, como yo desseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dijo don Quijote, y cuando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey

bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada; porque en haciéndote conde, cádate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fé que te han de llamar señoría, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza. Digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestras, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dijo don Quijote, pero será menester que te rapas las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos días por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Qué hay mas, dijo Sancho, sinó tomar un barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mí como caballerizo de grande. Pues cómo sabes tú, preguntó don Quijote, que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho: Los años passados estuve un mes en la corte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sinó que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sinó que siempre andaba tras dél? Respondieronme que era su caballérizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales. Desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dijo don Quijote, y que assí puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á

una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese esso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde. Assí será, respondió don Quijote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

### CAPITULO XXII.

*De la libertad que dió don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir.*

**C**UENTA Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravíssima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero, passaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaban, venian hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian ansí mismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pié. Los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y que assí como Sancho Panza los vido, dijo: Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. Cómo gente forzada? preguntó don Quijote: es possible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo esso, respondió Sancho, sinó que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó don Quijote,

como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad. Assí es, dijo Sancho. Pues dessa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sinó que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y don Quijote con muy corteses razones, pidió á los que iban en su guarda, fuessen servidos de informalle y decille la causa ó causas porqué llevan aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su majestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo esso, replicó don Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia. Añadió á estas otras tales y tan comedidas razones, para moverlos á que le dijessen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: Aunque llevamos aquí el registro y la fé de las sentencias de cada uno destos mal aventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunté á ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellasquerías. Con esta licencia que don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó: que por qué pecados iba de tan mala guisa? El respondió que por enamorado iba de aquella manera. Por esso no mas? replicó don Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo



tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. Qué son gurapas? preguntó don Quijote: Gurapas son galeras, respondió el galeote: el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dijo: Este señor, va por canario, digo que por músico y cantor. Pues cómo? repitió don Quijote, por músicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he yo oido decir, dijo don Quijote, que quien canta, sus males espanta. Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dijo don Quijote, mas una de las guardas le dijo: Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non sancta, confessar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confessó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confessado, le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas. Y vá siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan, y aquí van, le maltratan, y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confessó y no tuvo ánimo de decir nones. Porque dicen ellos, que tantas letras tiene un no, como un sí: y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas, y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assí, respondió don Quijote, el cual passando al tercero,

preguntó lo que á los otros: el cual de presto, y con mucho desenfado respondió y dijo: Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo don Quijote, por libraros dessa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener á donde comprar lo que ha menester. Dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo, pero Dios es grande, paciencia y basta. Passó don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le passaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa porque allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra: mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo. Este hombre honrado, vá por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas, vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mi me parece, haber salido á la vergüenza. Assí es, replicó el galeote: y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir, que este caballero vá por alcahuete, y por tener assí mesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido essas puntas y collar, dijo don Quijote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia él ir á bogar en las galeras sinó á mandallas, y á ser general dellas, porque no es assí como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necessaríssimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sinó gente muy bien nacida; y aun habia de haber veedor, y exa-

minador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se excusarian muchos males que se causan, por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento: como son mujercillas de poco mas á menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cual es su mano derecha. Quissiera passar adelante, y dar las razones porque convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necessario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar. Solo digo ahora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga, por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de su hechicero. Aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrio, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mujercillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo como digo cosa imposible forzar la voluntad. Assí es, dijo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete, no lo pude negar: pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgasse y viviesse en paz y quietud, sin pendencias ni penas: pero no me aprovechó nada este buen deseo, para dejar de ir á donde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto

como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna. Passó adelante don Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no menos, sinó con mucha mas gallardía que el passado: Yo voy aquí, porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas, que no lo eran mías: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente que no hay sumista que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos: sentenciaronme á galeras por seis años, consentí; castigo es de mí culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con qué socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas, que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos, venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sinó que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venía diferentemente atadó que los demás, porque traia una cadena al pié, tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pié de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se assian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó don Quijote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros? Respondióle la guarda:

Porque tenía aquel solo mas delitos que todos los otros juntos; y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sinó que temian que se les habia de huir. Qué delitos puede tener, dijo don Quijote, sinó han merecido mas pena que echalle á las galeras? Vá por diez años, replicó la guarda, que es como muerte cevil: No se quiera saber mas, sinó que este buen hombre es el famoso Ginés de Passamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor commissario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres, Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con menos tono, replicó el commissario, señor ladron de mas de la marca, sinó quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que vá el hombre como Dios es servido, pero algun día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. Pues no te llaman assí, embustero? dijo la guarda. Si llaman, respondió Ginés, mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Passamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el commissario, que él mesmo ha escrito su historia, que no hay mas que dessear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Ginés, si quedara en doscientos ducados. Tan bueno es? dijo don Quijote. Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren. Lo que le

sé decir á voacé, es que trata vcrdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le iguallen. Y cómo se intitula el libro? preguntó don Quijote. La vida de Ginés de Passamonte, respondió él mismo. Y está acabado? preguntó don Quijote. Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo don Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á que sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Ginés: y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir; y en las galeras de España, hay mas sossiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil parecés, dijo don Quijote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comissario. Ya le he dicho, señor comissario, respondió Passamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron essa vara para que maltratasse á los pobretes que aquí vamos, sinó para que nos guiasse y llevasse á donde su majestad manda: si no por vida de..... basta, que podria ser que saliessen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comissario para dar á Passamonte en respuesta de sus amenazas, mas don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratasse, pues no era mucho, que quien llevaba tan atadas las manos tuviesse algun tanto suelta la lengua: y volviéndose á todos los de la cadena, dijo: De todo cuanto me habeis

dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa á mi ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo professar en él la órden de caballería que professo, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y oprimidos de los mayores. Pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comissario, sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres. Quanto mas, señores guardas, añadió don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado. Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sossiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros: y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comissario; bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le de-

jemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese esse bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondió don Quijote: y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviesse lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada: y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento, pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo passara mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian en-sartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á don Quijote, que los acometia, no hicieron cosa que fuesse de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Passamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado; y arremetiendo al comissario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, assí de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciósse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual, á campana herida, saldria á buscar los delincuentes, y assí se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscassen en la sierra que estaba cerca.




Bien está eso, dijo don Quijote, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga: y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comissario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y assí les dijo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende, es la ingratitud. Dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mi habeis recibido, en pago del cual querría, y es mi voluntad, que cargados de essa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vayais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais, que su caballero, el de la Triste Figura, se le envia á encomendar: y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la desseada libertad: y hecho esto os podreis ir donde quisiéredes, á la buena ventura. Respondió por todos Ginés de Passamonte, y dijo: Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sinó solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar esse servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de Ave Marías y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche, y de dia: huyendo, ó reposando: en paz, ó en guerra: pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son

las diez del día, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dijo don Quijote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llameis, que habeis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestras. Pasamonte, que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo (pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad) viéndose tratar mal de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte, comenaron á llover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, propio pago de tal gente; y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escurdar tan bien don Quijote, que no le acertassen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo: y apenas hubo caido, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas. y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos. Quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote. El jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no habia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos. Rocinante, tendido junto á su amo,

que tambien vino al suelo de otra pedrada. Sancho, en pelota y temeroso de la Santa Hermandad. Don Quijote, mohiníssimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

### CAPITULO XXIII.

*De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.*

 IÉNDOSE tan mal parado don Quijote, dijo á su escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos, es echar agua en la mar. Si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre, pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Assí escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco: pero pues dice, que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora y excusará otro mayor: porque le hago saber, que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le dá á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo don Quijote, pero porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes, mas ha de ser con una condicion, que jamás en vida ni en muerte has de decir á nadie, que yo me retiré y aparté deste peligro, de miedo, sinó por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres, mentirás en ello: y desde ahora para entonces; desde entonces para ahora te desmiento, y

digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres: y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo. Estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sinó á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete macabeos, y á Castor, y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar, es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza: y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un día. Y sepa, que aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: assí que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sinó suba en Rocinante, si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió don Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscasse. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, á donde le pareció á Sancho passar aquella noche, y aun otros algunos días, á lo menos todos aquellos que durasse el matalotaje que llevaba: y assí hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen

lumbre de la verdadera fé, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó, que Ginés de Passamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena, por virtud y locura de don Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad (de quien con justa razon temia) acordó de esconderse en aquellas montañas: y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á don Quijote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rúcio, el cual viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo: y fué de manera, que don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis que ganaba cada dia, mediaba yo mi despensa! Don Quijote que vió el llanto, y supó la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diessen tres en su casa, de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á don Quijote la merced que le hacia. El cual, como

entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíasele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes. Iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sinó de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, sacando de un costal y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dió prisa á llegar á ayudarle si fuese menester: y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojín y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos: mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se bajase á tomarlos, y mandóle su amo que viesse lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: ¡Bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! Y buscando mas, halló un librito de memoria, ricamente guarnecido. Este le pidió don Quijote, y mandóle que guardasse el dinero, y lo tomasse para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa.

Todo lo cual, visto por don Quijote, dijo: Paréceme Sancho (y no es possible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de passar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser esso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo don Quijote, y assí no adivino ni doy en lo que esto pueda ser: mas espérate, veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastro y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

*O le falta al amor conocimiento,  
O le sobra crueldad, ó no es mi pena  
Igual á la ocasion que me condena  
Al género mas duro de tormento.  
Pero si amor es dios, es argumento  
Que nada ignora, y es razon muy buena  
Que un dios no sea cruel: pues quién ordena  
El terrible dolor que adoro y sienta?  
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,  
Que tanto mal en tanto bien no cabe,  
Ni me viene del cielo esta ruina.  
Presto habré de morir, que es lo mas cierto,  
Que al mal de quien la causa no se sabe,  
Milagro es acertar la medicina.*

Por essa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. Qué hilo está aquí? dijo don Quijote. Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dije sinó Fili, respondió don Qui-

jote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto: y á fé que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba á bajo, á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos, ó los mas caballeros andantes de la edad passada, eran grandes trovadores, y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias (por mejor decir) son anejas á los enamorados andantes. Verdad es, que las coplas de los passados caballeros, tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja don Quijote, y dijo: Esto es prosa, y parece carta. Carta missiva, señor? preguntó Sancho, En el principio no parece sino de amores, respondió don Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dijo don Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

«Tu falsa promessa, y mi cierta desventura, me llevan á parte donde antes volverán á tus oidos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Deschásteme ¡oh ingrata! por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que heciste, y yo no tome venganza de lo que no desseo.»



Acabando de leer la carta, dijo don Quijote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas, de que quien la escribió es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros. En tanto que don Quijote passaba el libro, passaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella, ni en el cojin que no buscasse, escudriñasse é inquiriesse, ni costura que no deshiciesse, ni vedija de lana que no escarmenasse, porque no se quedasse nada por negligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que passaban de ciento. Y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia passado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran desseo quedó El Caballero de la Triste Figura de saber quién fuesse el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama, debian de haber conducido á algun desesperado término. Pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso, no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de passar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar: siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensa-

miento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata, con extraña ligereza. Figurósele que iba desnudo, la barba negra y espessa, los cabellos muchos y revueltos, los piés descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrían unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta, y aunque passó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó El Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó don Quijote, que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscallé, aunque supiesse andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y assí mandó á Sancho, que atajasse por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topassen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priessa se les habia quitado de delante. No podré hacer esso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil géneros de sobresaltos y visiones. Y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Assí será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: y vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos linternas, rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual, sin duda alguna, no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor seria no buscallé, por-

que si le hallamos, y á caso fuesse el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir, y assí fuera mejor sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fé, hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco. Engañasté en eso, Sancho, respondió don Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, estamos obligados á buscarle, y volvérselo: y cuando no le buscássemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuesse. Assí que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mi se me quitará si le hallo: y assí picó á Rocinante, y siguióle Sancho. Y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada. Todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha, de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbo, como de pastor que guardaba ganado: y á deshora á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces don Quijote, y rogóle que bajasse donde estaban. El respondió á gritos, que quién les habia traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado sinó de piés de cabras ó de lobos, y otras fieras que por allí andaba? Respondióle Sancho que bajasse, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando á donde don Quijote estaba, dijo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en essa hondonada, pues á buena fé que ha ya seis meses que está en esse lugar. Díganme, han topado por ahí á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió don Quijote,

sinó á un cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiessen por de hurto, que es el diablo sutil, y debajo de los piés se levanta al hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo, ni cómo no. Esso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo don Quijote, sabeis vos quién sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es, que habrá al pié de seis meses, poco mas á menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre essa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta, que decis que hallastes y no tocastes. Preguntónos, que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida. Dijámosle, que era esta donde ahora estamos: y es así la verdad, porque si entráis media legua mas adentro, quizá no acertareis á salir: y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priessa con que le viamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se llegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borraca del hato, y le quitó quanto pan y quesso en ella trahia: y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar

en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales, le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado, y tostado del sol, de tal suerte, que apenas le conociamos, sinó que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque assí le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle tambien, que cuando hubiesse menester el sustento (sin el cual no podia passar) nos dijese donde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos: y que si esto tampoco fuesse de su gusto, que á lo menos saliesse á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los assaltos passados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche, y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos si en él no le acompañáramos; considerándole cómo le habíamos visto la vez primera, y cuál le veiamos entonces. Porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones, mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona. Que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la mesma

rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le había sobrevenido: mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que sinó se le quitáramos le matara á puñadas y á bocados. Y todo esto hacia diciendo: ¡ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues, con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille. Por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostraba el término á que le había conducido. Todo lo cual se ha confirmado despues acá, con las veces (que han sido muchas) que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza: porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sinó que lo toma á puñadas; y cuan-

do está en su seso lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es cuando esté en su seso: y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mismo que vistes passar con tanta ligereza como desnudez: que ya le había dicho don Quijote cómo había visto passar aquel hombre saltando por la sierra. El cual quedó admirado de lo que al cabrero había oído, y quedó con más desseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenía pensado de buscallo por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirasse hasta hallarle. Pero hizo lo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de la sierra, que salía donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado, solo que llegando cerca vió don Quijote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar: por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía, no debía de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donai-

re le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar El Roto de la Mala Figura, (como á don Quijote El de la Triste) despues de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de don Quijote le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote, que don Quijote lo estaba de verle á él. En resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

#### CAPITULO XXIV.

*Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.*

**D**ICE la historia que era grandíssima la atencion con que don Quijote escuchaba al astroso caballero de la Sierra, el cual principiando su plática dijo: Por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado: y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad, pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho, mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos desseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió don Quijote, son de serviros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podria hallar algun género de remedio: y si fuera menester, buscarle con la diligencia possible. Y



cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla ó plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo, cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro (añadió don Quijote) por la orden de caballería que recibí (aunque indigno y pecador) y por la profession de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, he de servirlos con las veras á que me obliga el ser quien soy: hora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido. El caballero del bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sinó mirarle y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abajo: y despues que le hubo bien mirado le dijo: Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos desseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron, Sancho de su costal, y el caballero de su zurron, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriessa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragaba, y en tanto que comia, ni él, ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de señas que le siguiessen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco

desviada de allí estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer, de que con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interromperez el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo hagais, en esse se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto, trujeron á la memoria á don Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente. Pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que hago, es, porque quería pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria, no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para no satisfacer del todo á vuestro desseo. Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás: y él, con este seguro, comenzó desta manera:

«Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linaje noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á dessearme. Tal es la hermosura de Lusinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia. A esta Lusinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y pri-

meros años: y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian, que cuando passaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos: cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, y al padre de Lusinda le pareció, que por buenos respetos, estaba obligado á negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbé, tan decantada de los poetas. Y fué esta negacion añadir llama á llama y desseo á desseo: porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales, con mas libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada, turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos! y cuántos billetes le escribí! Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos desseos, entretenia sus memorias y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el desseo de verla, determiné poner por obra, y acabar en un punto, lo que me pareció que mas convenia para salir con mi desseo y merecido premio: y fué, el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice. A lo que él me respondió: Que me agradecia la voluntad, que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda: porque sinó fuesse con mucha voluntad y gusto suyo, no era Lusinda mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome

que llevaba razon en lo que decia, y qué mi padre vendria en ello, como yo se lo dijesse. Y con este intento, luego en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijesse palabra me la dió, y me dijo: Por essa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mi mesmo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuesse compañero, no criado, de su hijo, el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiesse á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia: De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque, y dá gracias á Dios que te vá abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces. Añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que passaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviesse algunos dias, y dilatasse el darle estado hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria. Él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo. Pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del duque, llamado

Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado: el cual en poco tiempo quiso que fuesse tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien, y me hacia merced, no llegó al extremo con que don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con don Fernando, dejaba de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de dessassosiego. Quería bien á una labradora, vassalla de su padre; y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál destas cosas tuviesse mas excelencia, ni mas se aventajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, redujeron á tal término los desseos de don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo (y conquistar la entereza de la labradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito. Pero viendo que no aprovechaba determiné de decirle el caso al duque Ricardo, su padre. Mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia, y assí por divertirme y engañarme me dijo: Que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que la ausencia fuesse, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que diria al duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciu-

dad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando (movido de mi afición) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y desseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad possible, porque en efecto, la ausencia hacia su oficio á pesar de los mas firmes pensamientos. Y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descabullirse á su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sinó apetito, el cual cómo tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecia amor, porque no puede passar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor. Quiero decir, que assí como don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se resfriaron sus ahincos: y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase. Venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era; vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta por mi mal á don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los desseos de querer ver doncella de tantas bue-

nas partes adornada. Cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche, á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos. Vióla, en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el deseo (que á mi me zelaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna que hallasse un dia un billete suyo pidiéndome que la pidiesse á su padre por esposa; tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es vérdad que quiero confessar ahora que puesto que yo veía con cuán justas causas don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razon á rezelarme, porque no se passaba momento donde no quisiesse que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática aunque la trujesse por los cabellos; cosa que despertaba en mí un no sé qué de zelos; no porque yo temiesse revés alguno de la bondad y de la fé de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en qué leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.....»

No hubo bien oído don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no

fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assí que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta mujer del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula, al bueno de don Rugel de Grecia, que yo sé que gastara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura: pero tiempo podrá venir en que se enmiende essa falta; y no tardará mas en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida: aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interrromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, assí es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Assí que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo. Y puesto que dos veces le dijo don Quijote que prossiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra. Pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: No se me puede quitar del pen-



samiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sinó que aquel bellaconazo del maestro Elisabat, estaba amancebado con la reina Madasima. Esso no, voto á tal, respondió con mucha cólera don Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y essa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir. La reina Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princessa se habia de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco. Y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia; ni tampoco don Quijote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que assí volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado: y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él, y le brunó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mesmo peligro. Y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sossiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecer-

lo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero, que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero: y fué el fin de las réplicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero: Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Assí es, dijo don Quijote, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo desseo de saber el fin de su historia. Dijo el cabrero lo que primero le habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviesse mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPITULO XXV.

*Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha: y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.*

**D**ESPIDIÓSE del cabrero don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y desseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades, de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con uno lo que me viniera en gana, y con esto passara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sinó coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió don Quijote, tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua, dale por alzado, y

dí lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será, y comenzando á gozar de esse salvoconducto, digo: Que qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa ó como se llama? O qué hacia al caso, que aquel abad fuesse su amigo ó no? Que si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco passara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fé, Sancho, respondió don Quijote, que si tú supieras como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir, que cuando lo dijo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos, está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que seán, quanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, á quien

yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque fuera de haber sido hermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas. Y los consejos y compañía del maestro Elisabat, le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y mal intencionado, de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten digo otra vez, y mentirán otras doscientas, todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuessen, qué me vá á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas. Mas quién puede poner puertas al campo? Cuanto mas, que de Dios dijeron. ¡Válame Dios! dijo don Quijote, y que de necedades vás, Sancho, ensartando; que vá de lo qué tratamos, á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante deja de entremeterte en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, vá muy puesto en razon, y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor qué cuantos caballeros las professaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sinó de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Cállate, te digo otra vez, Sancho, dijo don Quijote, por-

que te hago saber, que no solo me trae por estas partes el desseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubiertto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. Y es de muy gran peligro essa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podía acorrer el dado que echásemos azar en lugar de encuentro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo don Quijote, porque si vuelves presto de á donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes: no he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Malaño y mal mes para don Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo assí mismo que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe. Y esta mesma regla corre por todos los mas officios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas. Y assí lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio, en persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolo ni describiéndolo como ellos fueron, sinó como habian de ser, para quedar ejemplo á los venideros hombres de

sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto assí como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería. Y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido. Assí que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje passar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió don Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldan, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, é hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere,

en las que me pareciere ser mas esenciales. Y podrá ser que viniesses á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sinó de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer essas necedades y penitencias; pero vuestra merced, qué causa tiene para volverse loco? Qué dama le ha desdeñado? O qué señales ha hallado, que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahí está el punto, respondió don Quijote, y essa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado, ni gracias.... el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Quanto mas, qué harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho, de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oíste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Assí que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual á mi fé se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia: y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada. Assí que de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.



A lo cual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia, algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamaren; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este error en mas de cuatro horas, qué ha de pensar, sinó que quien tal dice y afirma, debe de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun día me vea con mi mujer é hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste, te juro, dijo don Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: qué es possible, que en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello assí, sinó porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos, y assí esso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mi el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino: á causa, que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no

se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fé que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me dá en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan, que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban. Habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y assí en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: Este es el lugar, ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis contínuos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi assendereado corazon padece. ¡Oh vosotros! quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia, y unos imaginados zelos, han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. ¡Oh vosotras Napeas y Driadas! que teneis por costumbre de habitar en las espessuras de los montes, assí los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano amadas, no perturben jamás vuestro ducel sossiego, que me

ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo menos, no os canseis de oílla, ¡Oh Dulcinea del Toboso! día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, assí el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fé se le debe. ¡Oh solitarios árboles! (que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad) dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. ¡Oh tú, escudero mio! agradable compañero en mis prósperos y adversos sucessos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello. Y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te dá el que sin ella queda, ¡oh caballo tan extremado por tus obras, cuán desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fé que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria. Y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, que será bien tornár á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pié, no sé cuando llegaré, ni cuando volveré, porque en resolu-

cion, soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió don Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. Pues qué mas tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió don Quijote, ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la máquina desta penitencia: y sería yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necessarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentasse, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña, mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió don Quijote, mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sinó muy de veras, porque de otra manera sería contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir. Assí que mis calabazadas han de ser verdaderas; firmes y valederas, sin que lleven nada del sofisticó ni del fántastico. Y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltasse el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho; pues se perdieron él, las hilas y todo, y ruégole á vuestra merced que no se

acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oírle mentar se me revuelve el alma, cuanto mas el estómago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya passados los tres días que me ha dado de término, para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por passadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran desseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. Purgatorio le llamas, Sancho? dijo don Quijote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea, Quien ha infierno, respondió Sancho, nula es retencio, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir retencio, dijo don Quijote. Retencio es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale dél, ni puede. Lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mi me andarán mal los piés, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada, volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir del: la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Assí es la verdad, dijo el de la Triste Figura, pero qué harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo don Quijote, y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse esso ahora

como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librilla de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó sinó cualquiera sacristan te la trasladará; y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra processada, que no la entenderá Satanás. Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de amores se firman, respondió don Quijote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y essa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mesmo librilla firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla. Y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: Vuestro hasta la muerte El Caballero de la Triste Figura. Y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar. Y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbré destes ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podrá ser que destas quatro veces no hubiesse ella echado de ver la una que la miraba. Tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales, la han criado. Ta, ta, dijo Sancho, qué la hija de Lorenzo Corchuelo, es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Essa es, dijo don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el

mas forzado zagal de todo el pueblo. Vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante, ó por andar, que la tuviere por señora. ¡Oh hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir que se puso un dia encima del campanario de la aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, assí la oyeron como si estuvieran al pié de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sinó que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querria ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor don Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, assí el del vizcaino, como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? Porque podría ser que al

tiempo que ellos llegassen estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriessen de verla, y ella se riesse y enfadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo don Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú, y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda, hermosa moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un día dijo á la buena viuda por via de fraternal reprension: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero. Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles. Assí que, Sancho, para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta princesa de la tierra. Sí que no todos los poetas que hablan de damas bajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. Piensas tú que las Amariles, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto,



sinó que los mas se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y assí bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es assí, sin que sobre ni falte nada. Y píntola en mi imaginacion como la desseo, assí en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los estudiosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno: mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues nó se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sossiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la queria leer porque la tomasse de memoria, si acaso se le perdiessse por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo cual, respondió Sancho, escribala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala que muchas

veces se me olvida cómo me llamo. Pero con todo esso, dígamela vuestra merced, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha que assí dice, dijo don Quijote:

CARTA DE DON QUIJOTE Á DULCINEA DEL TOBOSO.

«SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho, te dará entera relacion, ¡oh bella ingrata! amada enemiga mía, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y sinó, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu crueldad y á mi desseo.

Tuyo hasta la muerte  
*El caballero de la Triste Figura.*»

Por vida de mi padre, dijo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamás he oido. Pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma El Caballero de la Triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió don Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en essotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dijo don Quijote, y habiéndola escrito se la leyó, que decia assí:

«Mandaré vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa, y están á cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos, se los mando librar y pagar, por otros tantos aquí recibidos de contado, que consta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, á veinte y dos de Agosto deste presente año.»


Buena está, dijo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dijo don Quijote, sinó solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos y aun para trescientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho, déjeme iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester assí, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo, en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves, y las que le vinieren mas á cuento. Quanto mas, que para mí no era menester nada desso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced dessea y merece. Y sinó aparéjese la señora Dulcinea, que sinó responde como es ra-

zon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones: porque dónde se ha de sufrir, que un caballero andante, tan famoso como vuestra merced, se vuelva loco, sin qué, ni para qué, por una....? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotriquee y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso, mal me conoce; pues á fé que si me conociese, que me ayunasse. A fé, Sancho, dijo don Quijote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico. Pero dejando esto á parte, qué es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que yo vuelvo? Ha de salir al camino, como Cardenio, á quitárselo á los pastores? No te de pena esse cuidado, respondió don Quijote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. A esto dijo Sancho: sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está de escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destes contornos, dijo don Quijote: y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Quanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas, de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho, hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo. Assí lo haré, respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió dél. Y subiendo sobre Rocinante, á quien don Quijote enco-

mendó mucho, y que mirasse por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como su amo se lo habia aconsejado: y assí se fué, aunque todavía le importunaba don Quijote que le viesse siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien passos, quando volvió y dijo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo decia yo? dijo don Quijote: espérate, Sancho, que en un credo las haré. Y desnudándose con toda priessa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco, y assí le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

## CAPITULO XXVI.

*Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena.*

 volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia que assí como don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin

haberse jamás resuelto en ello. Y era, que cuál sería mejor y le estaría mas á cuento imitar, á Roldan en las locuras desafortunadas que hizo, ó Amadis en las melancólicas, y hablando entre sí mesmo decía: Si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla? pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie sinó era metiéndole un alfiler de á blanca por la planta del pié, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro. Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en una fuente, y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, y paje de Agramante. Y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido dessaguisado, no hizo mucho en volverse loco. Pero yo, cómo puedo imitalle en las locuras, sinó le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso, osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, assí como él es en su mismo trage, y que se está hoy como la madre que la parió; y haríale agravio manifesto si imaginando otra cosa della me volviere loco, de aquel género de locura de Roldan el Furioso. Por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas; porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que no fuese su voluntad, se retiró á la peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si

esto es verdad, como lo es, para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destes arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que sinó acabó grandes cosas, murió por acometellas. Y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria, cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y assí lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez. Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confessasse, y con quien consolarse: y assí se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aquí se siguen:

*Arboles, yerbas y plantas  
Que en aqueste sitio estais  
Tan altos, verdes y tantas,  
Si de mi mal no os holgais,  
Escuchad mis quejas santas.  
Mi dolor no os alborote,  
Aunque mas terrible sea,  
Pues por pagaros escote,  
Aquí lloro don Quijote*

*Ausencias de Dulcinea*

*Del Toboso.*

*Es aquí el lugar á donde  
El amador mas leal  
De su señora se esconde,  
Y ha venido á tanto mal,  
Sin saber cómo ó por dónde.  
Tráele amor al estricote,  
Que es de muy mala ralea,  
Y assi hasta henchir un pipote  
Aquí lloró don Quijote  
Ausencias de Dulcinea*

*Del Toboso.*

*Buscando las aventuras*

*Por entre las duras peñas,  
Maldiciendo entrañas duras,  
Que entre riscos y entre breñas  
Halla el triste desventuras.*

*Hirióle amor con su azote,*

*No con su blanda correa,  
Y en tocándole el cogote,  
Aquí lloró don Quijote  
Ausencias de Dulcinea*

*Del Toboso.*

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura del Toboso, al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote, que si en nombrando á Dulcinea, no decia tambien del Toboso, no se podría entender la copla, y assí fué la verdad, como él despues confessó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios,



á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiese, consolassen y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con qué sustentarse en tanto que Sancho volvía, que si como tardó tres días, tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedará tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo parió. Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería. Y fué, que en saliendo al camino Real, se puso en busca del del Toboso, y otro día llegó á ver la venta, donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en desseo de gustar algo caliente, que habia grandes días que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegasse junto á la venta, todavia dudoso, si entraría ó no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: Dígame, señor Licenciado, aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Si es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro don Quijote. Y conociéronle tan bien como á ellos, que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros: los cuales, assí como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, desseosos de saber de don Quijote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: Amigo Sancho Panza, á dónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte, dónde y cómo su amo quedaba; y assí les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha im-

portancia, la cual él no podía descubrir, por los ojos que en la cara tenía. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decís donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venís encima de su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre ello morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor. Y luego de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba y aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de don Quijote, y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñasse la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo cual dijo él cura que se la mostrasse, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librito, pero no le halló, ni le podría hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado don Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuélele quedando mortal el rostro; y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriessa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas, se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad de ellas; y luego apriessa y sin cessar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se

las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron, que qué le habia sucedido que tan mal se paraba? Qué me ha de suceder? respondió Sancho, sinó el haber perdido de una mano á otra, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo. Cómo es esso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor: por la cual mandaba que su sobrina me dicesse tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa. Y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y dijole, que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornasse á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria, jamás se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo, que como aquello fuesse assí, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podría trasladar donde y cuando quisiessen. Decidla, Sancho, pues, dijo el barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pié y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo; y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: Alta y sobajada señora. No diria, dijo el barbero, sobajada, sinó sobrehumana, ó soberana señora. Assí es, dijo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo; proseguia, si mal no me acuerdo, el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa; y no sé que decia de salud y de enfermedad

que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en vuestro hasta la muerte El Caballero de la Triste Figura. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronse la mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos así mismo la tomassen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó así mismo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambien como su señor, en sabiendo que le trujesse buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser emperador, ó por lo menos monarca, que así lo tenían concertado entre los dos: y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo, y que en siéndolo le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas; que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo considerando cuán vehemente habia sido la locura de don Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oír sus necesidades: y así le dijeron, que rogasse á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy ágil era, venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decia; ó por lo menos Arzobispo, ú otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho:

Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sinó de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos? Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á missa por lo menos; y si esto es assí, ¡desdichado yo! que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C.; qué será de mí si á mi amo le dá antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil á causa de que él es mas valiente que estudiante. Assí me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte, es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva, y á donde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dijo el cura, y lo hareis como buen cristiano. Mas lo que ahora se ha de hacer, es dar orden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrassen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa porque no entraba, ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacassen allí algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assí mismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco,

el barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, dió el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote, y para lo que ellos querian. Y fué que dijo al barbero, que lo que habia pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurasse ponerse lo mejor que pudiesse como escudero, y que assí irian á donde don Quijote estaba, fingiendo ser él una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante. Y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella, donde ella le llevasse, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba assí mesmo que no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero, y que creyese sin duda que don Quijote vendria en todo quanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

## CAPITULO XXVII.

*De como siguieron en su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.*

**N**O le pareció mal al barbero la invencion del cura, sinó tan bien que luego la pusieron por obra. Pidieronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buev, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntó'es la ventera que para qué

le pedian aquellas cosas? El cura le contó en breves razones la locura de don Quijote y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo, y el amo del mantado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver, púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocassen, sinó púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro. Encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba, que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diesse buen suceso en tan árduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido. Mas apenas hubieron salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuesse mucho en ello, y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocassen trages, pues era mas justo que él fuesse la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad, y

que si no lo queria hacer determinaba de no passar adelante, aunque á don Quijote se le llevasse el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejasse la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que sin que se le diesse licion él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviessen junto de donde don Quijote estaba, y assí dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le habian dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijesse á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntasse, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijesse que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cier-



ta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pudiesse en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo, no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenían de aconsejar á su señor fuesse emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos, mas podian los emperadores que los arzobispos andantes. Tambien les dijo que seria bien que él fuesse delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiessen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y assí determinaron de aguardarle hasta que volviesse con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una, por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca, otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el día que allí llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidasse á que en él esperassen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sossegados, y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba; de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiesse haber quien tan bien cantasse. Porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas, que verdades: y mas cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sinó de discretos cortesanos. Y confirmó esta verdad, haber sido los versos que oyeron estos:

Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

Y quién aumenta mis duelos?

Los zelos.

Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De esse modo en mi dolencia

Ningun remedio se alcanza,

Pues me matan la esperanza

Desdenes, zelos y ausencia.

Quién me causa este dolor?

Amor.

Y quién mi gloria repuna?

Fortuna.

Y quién consiente en mi duelo?

El cielo.

De esse modo yo recelo

Morir deste mal extraño,

Pues se aunan en mi daño

Amor, fortuna, y el cielo.

Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males quién los cura?

Locura.

De esse modo no es cordura

Querer curar la pasion,

Cuando los remedios son.

Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba

algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba. Y queriéndolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviessen, la cual llegó de nuevo á sus oídos, cantando este

SONETO.

*Santa amistad, que con ligeras alas,  
Tu apariencia quedándose en el suelo,  
Entre benditas almas en el cielo  
Subiste alegre á las impíreas salas.  
Desde allá (cuando quieres) nos señalas  
La justa paz, cubierta con un velo,  
Por quien á veces se trasluce el celo  
De buenas obras, que á la fin son malas.  
Deja el cielo, ¡oh amistad! ó no permitas  
Que el engaño se vista tu librea,  
Con que destruye á la intencion sincera:  
Que si tus apariencias no le quitas,  
Presto ha de verse el mundo en la pelea  
De la discorde confusion primera.*

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba: pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de

la vez primera, cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejasse, porque allí no la perdiesse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y assí viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio, como en cosa sabida (porque las razones que el cura le dijo, assí lo dieron á entender) y assí respondió desta manera: Bien veo yo, señores, quien quiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y variás razones, cuán sin ella ando, en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que se yo que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria, por de ningun juicio. Y no seria maravilla que assí fuesse, porque á mí se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señas de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin

provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras, el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillarán de los efectos, y sinó me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, antes que passeis adelante en vuestras discretas persuaciones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quizá despues de entendido, ahorrareis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contasse, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia, casi por las mismas palabras y passos que la había contado á don Quijote y al cabrero pocos dias atrás, cuando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarle hasta el fin: y así llegando al passo del billete que había hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decía desta manera:

«LUSCINDA Á CARDENIO.

Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime; y así, si quiéredes sacarme desta deuda, sin ejecutarme en la honra, lo podreis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce,

y que me quiere bien, el cual sin forzar mi voluntad cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decis y como yo creo.

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mujeres de su tiempo. Y este billete fué el que le puso en desseo de destruirme antes que el mio se efectuase. Dijele yo á don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiesse, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello; no porque no tuviesse bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linage de España, sinó porque yo entendia dél, que desseaba que no me cassase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion, le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, assí por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sinó que me parecia que lo que yo desseasse, jamás habia de tener efecto. A todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablasse al de Luscinda. ¡Oh Mario ambicioso! ¡oh Catilina cruel! ¡oh Sila facineroso! ¡oh Galalon embustero! ¡oh Vellido traidor! ¡oh Julian vengativo! ¡oh Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, que deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? Qué ofensa te hice? Qué palabras te dije, ó qué consejos te dí, que no fuessen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas de qué me quejo? ¡desventurado de mí! pues es cosa cierta, que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas,

como vienen de alto á bajo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda. Quién pudiera imaginar, que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el desseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar (como suele decirse) en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseia? Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efecto de que me ausentase (para poder mejor salir con su dañado intento) el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. Pude yo prevenir esta traicion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos desseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de don Fernando, que procurasse volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamás en

ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedía con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores. Todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora. Exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendía mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividía. Pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió, y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Lusinda. Pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba. Claros indicios que me mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de don Fernando, fuí bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar (bien á mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viesse; porque su hermano le escribia que le enviassé cierto dinero sin su sabiduría; y todo fué invencion del falso don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos



días la vida en ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado. Pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veía que había de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro días que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la había movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía. Preguntéle al hombre antes de leerla quién se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino. Dijo-me que á caso passando por una calle de la ciudad á la hora de medio día, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priessa le dijo: Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encamiñeis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado; y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba. Y assí viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado assí mesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sinó venir yo mesmo á dárosla; y en diez y seis horas que ha que se me dió he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ochó le-

guas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decía, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podía sostenerme. En efecto, abrí la carta y ví que contenía estas razones:

«La palabra que don Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginadlo. Si os cumple venir, vedlo; y si os quiero bien ó no, el sucesso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega que esta llegue á vuestras manos antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fé que promete.»

Estas en suma fueron las razones que la carta contenía, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sinó la de su gusto, había movido á don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y desseos tenía grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otra vez me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me había llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo, mas no como

debía ella conocerme y yo conocerla. Pero quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo pues, que assí como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sinó procura hallarte presente á este sacrificio, el cual, sinó pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriessa porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podia moverme á parte alguna; pero considerando quanto importaba mi presencia, para lo que suceder pudiesse en aquel caso, me animé lo mas que pude y entré en su casa; y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver. Assí que sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon

mientras allí estuve! ¡Los pensamientos que me ocurrieron! ¡Las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan; basta que sepais que el desposado entró en la sala, sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sinó los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta, como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirasse y notasse en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian; á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso, de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de passo, pues cada circunstancia suya, me parece á mi que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura, que no solo no se cansaban en oirle, sinó que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no passarse en